REVISTA

DEL PROGRESO.

Del futuro Congreso.

Indudable y segura parece ya la convocacion de un Congreso con el objeto de discutir sobre los asuntos de España, y encontrar tal vez á la crítica situacion del dia el remedio que las potencias en él reunidas estimen conveniente, librándose de los temores justos ó injustos que el estado de nuestras cosas les sugiere. Dígase lo que se quiera, lo que actualmente pasa entre nosotros es capaz de sancionar cuantas precauciones crean esas potencias deber tomar para su seguridad propia; y si no tienen por esto derecho para hollar nuestra independencia ni imponernos la ley de su voluntad, les asiste indisputablemente para atender á su conservacion y ponerse en guardia contra los amagos revolucionarios de nuestro pais. Esto tal vez lo negarán los hombres de la exaltacion, porque el esclusivismo de sus ideas y la intolerancia de sus pasiones no les harán probablemente comprender que su conducta es muy á propósito para despertar los mas fundados recelos y herir las mas fuertes susceptibilidades; pero, permítannos que les observemos: ¿en qué consiste que durante la lucha sostenida contra el partido carlista, durante esa larguísima lucha en que tantas veces pudieron las naciones estranjeras dudar de un éxito favorable á ninguno de los dos bandos beligerantes, no llegó nunca á realizarse la idea de un Congreso europeo para que tuviese fin una calamidad sangrienta, prolongada, y que era escándalo horrible para la civilizacion? En que en ella veian una cuestion puramente interior donde se rozaban únicamente intereses nacionales, y cuya mejor solucion nacionalmente podia solo encontrarse, como en efecto se encontró, sobre los campos de Vergara; en que no podian menos de reconocernos la facultad de entender solos en nuestras propias revueltas, en tanto que girasen sobre un punto de interés español nada mas, como lo era realmente la contienda dinástica; en que temian atropellar las consideraciones mas sagradas de derecho público y de justicia internacional, ejerciendo una influencia que diese la victoria à la causa que menos mereciese acaso obtenerla, como asi hubiera positivamente sucedido. ¿Y por qué tampoco la misma revolucion de setiembre despertó demasiado sus recelos á pesar de su carácter secreto y de su tendencia indirecta que hemos tenido ya ocasion de analizar? Por-

que su espíritu ostensible y su impulso directo fueron repeler un ataque violento é injusto de parte de la persona que á la sazon representaba el trono; porque la ilegalidad sirvió esteriormente de medio para volver su fuerza á la ley quebrantada y á la Constitucion escarnecida; porque entonces no se habian hecho patentes las fuerzas ocultas que dieron empuje al movimiento y le aseguraron el triunfo cubiertas con un velo de hipócrita constitucionalismo. La cuestion parecia ser tambien esclusivamente interior, y el estranjero creyó en su consecuencia, que para nada debia tampoco tomar parte en ella, no obstante el resultado que tuvo. Hasta tanto que el pronunciamiento se acabase, por decirlo asi, de pronunciar, hasta tanto que su legítima índole se manifestase de un modo esplícito y terminante; hasta tanto que su verdadero objeto se conociese real y positivamente, y que sus móviles secretos llegaran á hacerse manifiestos y ostensibles, las potencias de Europa debian mantenerse en una prudente reserva y obrar con mucha circunspeccion, y asi lo hicieron; pero ya que todo está descubierto y á la luz del dia, que el tiempo ha puesto en claro lo que en setiembre se pretendió ocultar, que los acontecimientos, siguiendo el impulso que primitivamente recibieron, han llegado á adquirir tal gravedad que á nadie debe quedar duda sobre la crisis que nos amenaza; es natural que hayan ahora comprendido la situacion de otra manera, que piensen que sobre ellas soplará asimismo el viento de nuestro infortunio, que tiemblen de que se les comunique igualmente el incendio que está próximo á herir nuestros ojos, y que en este concepto traten de tomar sus medidas para guarecerse y evitar tan tristísimo destino. Cuando por una parte se vén los escasos ó ningunos esfuerzos de nuestro gobierno para que prevalezca resueltamente el órden y la estabilidad contra la anarquía y el trastorno que los fautores de los desórdenes quieren inaugurar á toda costa, y por otra se reconoce el vuelo que de continuo toma el partido republicano de España, cada vez mas osado y exigente por la negligencia con que se le mira; cuando asimismo se examina el profundo cambio que pudiera sufrir nuestro régimen por efecto de ambiciones mal refrenadas ó ciegamente conducidas, es imposible no abrigar temores sérios sobre el porvenir que entre nosotros aguarda á la paz pública y á las instituciones monárquicas; y es lógico que, participando del mismo sentimiento los que en medio de la agitacion de las pasiones revolucionarias y de los instintos democráticos de la época, sirven naturalmente de escudo á la monarquía y al órden, se ocupen en formar combinaciones diplomáticas á fin de conservar intacto el santo depósito que les está encomendado. Ya no se trata de una lucha intestina, de una cuestion nacional, sino de un combate de mayor trascendencia, de un problema de mas alto interés; no son dos partidos los que pelean con las armas en la mano ó con influencias morales y de poder, sino el órden, la autoridad y el trono por una parte, y la sedicion, la anarquia y la república por otra; el éxito de la pelea no puede pues interesar únicamente á España, sino á la Europa toda, y nada mas razonable que los monarcas que imaginan que la tranquilidad y la dicha de los pueblos que gobiernan pudieran peligrar con el triunfo de ciertas ideas, quieran apartar esta calamidad de ellos por los medios que les sean posibles. De no hacerlo asi, darian una gran prueba de imprevision no concebible de

parte de unos gobiernos que se han distinguido siempre por un tacto de habilidad que ha faltado en cambio todas las veces á sus adversarios en principios políticos, y seria la mayor de las injusticias culparlos porque al revés de éstos saben preveer y gobernar. No es nuestro objeto justificar empero semejante procedimiento en las consecuencias que para nosotros pueda producir, sino hacer ver que están en su derecho las naciones que asi obran impelidas de un espíritu altamente conservador, y que en tanto que no lleven sus pretensiones hasta el caso de imponernos un sistema cualquiera político por medio de la fuerza armada, no debemos formar ninguna queja de que hagan aquello á que nosotros desgraciadamente les autorizamos con sobrado fundamento.

No queremos incurrir en la tacha de imprudentes, y por eso nos abstenemos de calificar con la severidad debida toda la série de actos fatales y desastrosos cometidos desde su triunfo por el partido dominante y que debian alarmar necesariamente à la política europea; por lo mismo pasamos por alto entre otras cosas el giro dado á la cuestion de regencia, giro que por otro lado debemos respetar, y cuya vacante conferida exclusivamente al general en gefe que era entonces de los ejércitos nacionales, se llenó arrostrando los sérios compromisos que esto podria traer para nuestras relaciones esteriores; pero fijándonos en los hechos verdaderamente graves que hoy ofrece nuestra patria, la fiebre revolucionaria, el republicanismo y la prepotencia militar, justo es preguntarlo que el gobierno, lo que el partido dominante han obrado, lo que estarian en disposicion de obrar para contener el desarrollo de estos síntomas el dia que han amagado ó amagasen de cerca el cuerpo social. ¿Qué han hecho al contemplar las escenas anárquicas de Barcelona? ¿No han retrocedido vergonzosamente ante su castigo contentàndose con tomar al principio medidas estériles é infructuosas que hasta han acabado por revocar? ¿Qué hacen diariamente para ahogar los gérmenes de insurreccion que en las demas provincias de la monarquía se han desenvuelto prodigiosamente desde octubre acá, y que amenazan devorarnos el dia que se encuentren organizados y en disposicion de combatir? ¿No les oponen la imposibilidad mas absoluta, ó la tolerancia mas indulgente? ¿Con qué medios cuentan para sostenerse ambos cuando la revolucion acabe de saltar sus diques y la anarquía de perder su freno? ¿Tiene á su disposicion mas que un ejército medio aniquilado por la desmoralizacion y la indisciplina, ó una milicia nacional que en muchas poblaciones importantes serviria solo de instrumento á los anarquistas en vez de responder al objeto de su instituto? Y en cuanto al partido republicano ya declarado, ¿qué resortes ponen en accion los exaltados propiamente dichos para paralizar el influjo cada vez mas creciente que cada dia va ejerciendo sobre las cosas públicas? ¿No trabajan directamente en aumentar sus filas desacreditando el sistema representativo con el escándalo de sus ambiciones y de sus miserias, y provocando á muchos liberales ardientes á lanzarse en la opinion política que creen esénta de todos los defectos de aquel? ¿Cuáles serian su punto de apoyo, sus elementos de resistencia para el caso de un ataque fuerte y robusto de parte de ese partido? ¿No es un hecho que no tienen ya en él un enemigo peligroso é invencible por la poca habilidad que le distingue hasta ahora y la mala táctica que despliega siempre

en sus maniobras? Relativamente por último al predominio adquirido por el mas temible de todos los poderes, ¿qué han practicado para ponerle coto? ¿Qué practicarán si alguna vez trata, y ciertos rumores indican que la época está tal vez muy próxima, de encumbrarse mas alto? ¿Les quedaria mas recurso que inclinarse humildemente, como en abril, ante el astro de setiembre, á no echarse en brazos de la revolucion y perderse como opinion constitucional y hasta como bando político? En vista pues de tantos riesgos como amenazan al órden actual de cosas, riesgos que los hombres del dia han provocado directamente y no pudieron apartar luego, no tiene, repetimos, nada de estraño ni que sorprendernos deba, porque los paises en los cuales la realizacion de los pronósticos que parecen indicar pudiera tener una influencia mas ó menos directa, pretendan alejarlos de si y aun trabajen por destruirlos en su origen. ¿Quién será responsable en último resultado de las duras exigencias que con este motivo quieran imponérsenos? ¿A quién deberia acusarse de los tristes efectos que traeria tal vez la resolucion de las potencias congregadas para la España constitucional del dia? ¿Sería mas justo inculpar á estas últimas que pueden invocar en todo caso el derecho de propia defensa, y pecarian ademas por ignorancia de nuestra verdadera situacion, ó á aquellos que hubiesen provocado la reaccion con sus escesos y violencias? Traigamos á la memoria á 1823; recordemos esos diez años de aciaga memoria que han pesado como diez cadenas de hierro sobre las espaldas de todos los liberales, y no olvidemos que antes que al Congreso de Verona, que nunca pudo imaginarse los horrores é iniquidades que acarrearia la intervencion que imprudentemente provocó sobre nuestro desventurado pais, es preciso culpar principalmente á los constitucionales mismos, de todas las atrocidades del absolutismo que ellos mas que nadie contribuyeron á hacer venir con faltas y crimenes análogos desgraciadamente á los que estravian y manchan hoy la causa del liberalismo. Imprudencia y error en provocar el peligro; jactancia y baladronada al verle llegar; cobardía y debilidad luego que se le tuvo que combatir: hé aquí lo que distinguió á los exaltados de entonces. ¡Dios quiera que no se distingan por iguales cualidades los exaltados de ahora, muchos de los cuales tuvierou el triste honor de figurar en la ignominiosa decepcion de Cádiz!

La cuestion política está pues próxima á entrar en un terreno que el partido dominante estaba ciertamente muy lejos de sospechar. El alborozo del vencimiento le tenia vendados completamente los ojos, y no echaba de ver que algunos de los medios empleados por él para conseguirlo debian costarle caros tarde ó temprano. Hoy dia puede ya medir toda la estension del peligro de haber llamado en su socorro á la influencia militar y al poder revolucionario, y transigido con ellos sin advertir á lo que se esponia en su alianza con tan temibles ausiliares. Su conducta imprudente, su debilidad vergonzosa, su incapacidad gubernativa, han producido ya su fruto. Las iniquidades de Barcelona, los escándalos de Valencia, los desórdenes de otras provincias, la intolerancia, la pasion, y hasta la injusticia desplegadas para sofocar la rebelion vasco-moderada, y tantas otras cosas que queremos callar, empiezan á tener el eco que debia esperarse y de que en vano se ha advertido al gobierno por toda la prensa

independiente. La diplomacía va á entender en nuestros asuntos; los protocolos nos amenazan, y si las complicaciones de mayor bulto que embarazan hoy á la política europea no paralizan su accion relativamente á nosotros, tal vez se trate de imponernos la ley de las bayonetas, la servidumbre estrangera, la humillacion nacional; en una palabra, tal vez se verifique una intervencion contra nosotros. Y lo que será no menos fatal todavia, como tal suceda, es que habiéndose hecho tantas cosas de cuyas resultas se ha esparcido el descrédito sobre las instituciones representativas, si éstas naufragan con este motivo, habrá muchísimos que no sientan su pérdida, no pocos que la saludarán como un acontecimiento feliz, y bastantes que levantarán arcos de triunfo como en 1823 á los soldados del absolutismo y á sus representantes. De todo esto, como ya hemos dicho, tendrán la culpa aquellos que, habiendo podido evitar un desenlace tan triste para la libertad española, no han hecho al intento el mas leve esfuerzo; aquellos que, habiendo sido advertidos con tiempo, han despreciado el aviso; aquellos en fin que, por un egoismo culpable ó un interés de partido no han vacilado en desarrollar gérmenes de anarquía y de revolucion que por miedo ó debilidad no han sabido sufocar despues, y en someterse á influencias que jamás debieran tomarse en consideracion, ni menos para transigir con ellas, por opiniones constitucionales.

¡La intervencion! Palabra es esa que abrasa en indignacion nuestro pecho, resonando tristemente en los mas profundos pliegues de nuestra alma! ¡Despues de los disturbios pasados, de los trabajos sufridos, de la sangre derramada por la hermosa causa constitucional, hé ahí al estrangero próximo quiza á arrancarnos, acaso por segunda vez, el gobierno representativo! ¡Hé ahí al mundo dispuesto acaso á pronunciar con ciertos visos de razon el fallo de que somos indignos de tal privilegio, y negarnos hasta la compasion que inspira siempre el infortunio! Una idea semejante no puede menos de causar, pues, en nosotros los mas encontrados sentimientos de despecho y de dolor al pensar que nuestra nacionalidad no solo será tal vez ajada y escarnecida, sino que ni siquiera seremos acreedores á las simpatias de los otros pueblos. Esto deberia llenar de vergüenza á los hombres que en tal situacion nos han puesto por por poco que en ellos vibrase el sentimiento de la patria; esto deberia hacerles variar de rumbo en la marcha desastrosa que ha conducido al pais á tal estremo, si las ideas políticas no hubiesen acabado con los instintos nacionales, y los rencores de partido con toda opinion grande y elevada. Muy lejos de eso, los unos pensarán solo en salvar sus vidas y sus fortunas buscando fuera de España un asilo deshonroso, y corriendo á sujetarse al yugo humillante de la emigracion; y los otros se asociarán á la tentativa anti-nacional, y socolor de poner término á un sistema opresivo y humillante, no titubearán en sufrir la mas dura de las opresiones, la de un órden de cosas reaccionario, y el mas degradante de los gobiernos, el impuesto por las bayonetas estranjeras. Exaltados y moderados coronarán su obra; despues de haber imposibilitado á su pais de poseer un régimen político razonable é ilustrado, le privarán de una existencia individual é independiente. Tales serán los efectos de la intervencion, y véase por qué la combatimos y combatirémos siempre.

No se crea, sin embargo, que somos partidarios de la soberanía es-

clusiva de las naciones, y que tratemos de sostener la anárquica doctrina de que cada una es dueña de establecer en su seno el régimen que le parezca, por mas que de ello haya de resultar una conflagracion en los demas paises, no. Nuestra doctrina es mas adelantada, y ni en derecho político, ni en derecho de gentes, sostenemos el principio del individualismo y del derecho aislado. Nosotros pensamos por el contrario que la soberanía de los pueblos se deriva exclusivamente de la de la humanidad misma á la que está sujeta y subordinada. Una nacion cualquiera se encuentra obligada siempre á respetar los grandes intereses de la civilizacion y las leyes eternas de las sociedades; y cuando ataca los unos y desconoce las otras, las demas naciones tienen el derecho, mas diremos, se encuentran en el deber de obligarla à entrar en el órden comun y humillarse á la ley universal; pero esto solo pueden hacerlo en nombre de la civilizacion toda y por delegacion de la humanidad misma; de manera que cuando la una se encuentra imperfectamente representada, y la otra solo hace oir parcialmente su voz, no hay poder legítimo en la tierra capaz de imponer á un pueblo exigencias de ninguna clase bajo el pretesto de que ataca los principios sociales y paraliza las ideas civilizadoras, salvo el caso de tener que obrar en un interés necesario de conservacion. La intervencion de un pais sobre otro pueblo, no reuniendo estas condiciones, degeneraria en servidumbre; la imposicion de su voluntad, en tiranía pura; y para correr semejante riesgo, mas vale abandonar á cada nacion á su voluntad individual, y proclamar abiertamente su soberanía antes que establecer una doctrina que pondria su independencia á merced de la ambicion de aquellas á quienes placiese erigirse en representantes de la humanidad y de los principios sociales. Ahora bien, ¿existen en alguna parte del mundo organizados los intereses de la civilizacion y representada la causa del género humano? ¿La diplomacia ha llegado ya al caso de poder apoyarse en la santidad de ambas cosas para erigirse en poder moral y superior á todos los gobiernos nacionales, y gozar la facultad de dictarles sus leyes? Fijándonos en Europa en que la humanidad està, por decirlo asi, concentrada, y las sociedades reproducidas bajo todas las formas posibles. ¿Están debidamente garantidas las necesidades de la una y las tendencias de las otras? ¿Gira la política sobre bases bastante latas para no dictar sus fallos en virtud de un principio estrecho y egoista? Nada menos que eso. Nósotros hacemos justicia al pensamiento elevado y fecundo que estableció la asociacion europea, conocida bajo el nombre de la Santa Alianza; nosotros somos los primeros á reconocer que en esa reunion de los monarcas de las potencias continentales está el gérmen de la grande institucion de derecho de gentes que algun dia ha de entender en las relaciones internacionales de los pueblos y regular sus recíprocas reclamaciones sirviendo de salvaguardia á la paz universal; mas pensamos al mismo tiempo que el consejo amficciónico de los tiempos modernos se encuentra muy distante de reunir las condiciones necesarias para obrar con justicia y moderacion, y que estando organizado de modo que tiene que servir de instrumento á miras exclusivas y de una categoría determinada sin satisfacer à todas las necesidades sociales, por este motivo debe ser recusado como incapaz ó sospechoso, si se quiere que no sea injusto en

sus resoluciones y tiránico en sus mandatos. En él se encuentra representada la civilizacion en uno de sus elementos fundamentales, el órden y la estabilidad, pero las ideas de progreso y de libertad, no menos fecundas y civilizadoras, no lo están todavía; sus fallos van dirigidos al afianzamiento de antiguas y respetables instituciones, el trono y la monarquía, pero contra ellos no tienen ninguna defensa los nuevos gobiernos contitucionales y los intereses democráticos; las grandes y poderosas naciones del Norte cuentan con órganos en su seno, pero las potencias del Mediodia carecen de representantes que hagan pesar allí su opinion en la balanza europea. De donde resulta que siempre que haya de resolver en clase de alto tribunal humanitario alguna cuestion nacional, ó que se roze con los grandes intereses europeos, habrá de hacerlo necesariamente en favor del sistema egoista á que sirve de intérprete, en ventaja de los principios á cuya salvaguardia se encuentra especialmente consagrado. La Santa Alianza mirará siempre con recelo cualquiera innovacion ó cambio favorable al órden de cosas que carece en ella de delegados, al paso que estará dispuesta á favorecer en todas ocasiones el predominio de los intereses á que sirve de escudo; las tendencias liberales serán consideradas por ella como revolucionarias, porque representan un movimiento hácia adelante; los proyectos absolutistas no lo serán, no obstante de promover una revolucion hácia atràs; las testas coronadas podrán descansar en su proteccion contra los movimientos de sus súbditos; las constituciones tendràn que temerlo todo del favor que otorgue á los reyes para destruirlas: guerra á la España y al reino de Napoles que se han dado un gobierno representativo, indulgencia con el rey Ernesto que se ha dado un gobierno absoluto: tal es en dos palabras la política europea, tal como la han formulado el Congreso de Viena, de Troppau y de Verona, y tal como la formulará aquel de que ahora nos ocupamos bajo la influencia de las mismas ideas, é inspirado por los propios principios. Véase porque rechazamos desde luego todas las medidas de este último que no sean puramente defensivas y de precaucion, no obstante la doctrina que hemos sentado sobre la limitacion que debe tener en general la soberanía de las naciones; véase porque le negamos desde ahora todo derecho à influir en nuestros asuntos por otros medios que las vias morales y de consejo; véase por qué si pretenden las potencias que le formen abrir contra nosotros las hostilidades é imponernos una intervencion, protestamos anticipadamente contra ella, como atentatoria á nuestra independencia y ofensiva á los derechos mismos de la humanidad. Para que no pensáramos de esta manera, y pudiésemos considerarla mas bien como una medida salvadora, y antes que salvadora, compatible con la dignidad y soberanía del pueblo español, era preciso que estuviéramos convencidos de su legitimidad primeramente, y despues de su eficacia. En cuanto á la primera condicion ya hemos visto que no existe, porque seria ejecutada en beneficio del principio político que reconoce únicamente la mayoría de las potencias congregadas, es decir, del despotismo; y tocante á las segundas, tambien tenemos razones muy poderosas para dudar de ella. No queremos decir con esto que dejase de ser ineficaz en el sentido de que no consiguiese su objeto destruyendo el órden de cosas existente, si no que no mejoraria en nada la situa-

cion del pais, porque su resultado seria simplemente sustituirlo con un régimen reaccionario no menos fatal y desastroso. La historia del año 23 es la imágen de lo que sucederia ahora, y de lo que sucederá siempre que para derrocar un sistema cualquiera intervenga otro opuesto, pero equivalente en sus efectos: á las violencias del uno sucederán las atrocidades del otro, y nada mas. Ciertamente que para evitar las infamias presentes y presenciar otras de igual ó peor índole, no merece la pena de que pasemos bajo las horcas caudinas de los franceses, y besemos las plantas de los monarcas absolutistas.

Y las consecuencias de la intervencion no serian solo ajar la dignidad del pais y un motivo de vergüenza nacional al verse que necesitamos siempre el ausilio ageno para salir del angustioso laberinto en que voluntariamente nos metemos; su influencia no sería tan solo puramente negativa sin que adelantase nada el estado de la cuestion política, porque todo se reduciria á volverla al estado de 1833 para volver á empezar mañana y no acabar jamas de salir del desventurado principio de toda reforma naciente; sino que traeria resultados mas hondos para el porvenir de España, y no menos perjudiciales á sus legítimos intereses. Para nosotros es en efecto un hecho incuestionable que la Francia, quien sería seguramente la encargada de intervenir, no se aventuraria esta vez á verificar los gastos de la espedicion sin seguridad de ser pronto y fielmente reembolsada. Exigiria por lo mismo una fianza conveniente, y las Baleares, objeto incesante de su ambicion, las Baleares á cuya ocupacion se ha escitado mas de una vez á su gobierno en la prensa y en la tribuna para cobrarse el costo de 1823, pasarian bajo su dominacion en clase de hipoteca, hasta que llegase la época de que pudiésemos satisfacer el precio de nuestra vergüenza; pero como esta época no llegaria jamás, gracias al cuidado que se pondria en alejarla y á las dificultades pecuniarias con que estamos destinados á luchar largo tiempo, serian perdidas eternamente para nosotros esas preciosas islas, viéndonos en su consecuencia privados de unos puntos avanzados importantísimos para nuestro comercio marítimo, y de posicion tan ventajosa en el seno del Mediterráneo. Y como la Inglaterra no consentiria jamás en que los franceses redondeasen hasta tal grado sus colonias africanas sin una compensacion suficiente, el abandono de Cuba, la ocupacion de algunos puertos de nuestras costas, y la cesion de las Filipinas, serian otras tantas condiciones impuestas por la política británica en cambio de su asentimiento á la invasion armada del suelo español. Esta desmembracion de nuestro territorio no encontraria obstáculos sérios de parte de los paises del Norte que, sobre tener solo un interés mediano en la integridad absoluta de España, pudieran aprovecharse de esta misma circunstancia para imponernos mas duramente sus exigencias políticas y sus ideas de gobierno, únicas miras que hace mucho tiempo parecen preocuparlos relativamente á nosotros. Tendriamos, pues, que resignarnos á la pérdida dolorosa de nuestras mejores posesiones marítimas, de aquellas que, atendidas nuestra situacion territorial y las necesidades de nuestra existencia, son la base de nuestra prosperidad futura, la palanca de nuestro comercio ulterior, el apoyo de nuestra nacionalidad venidera. Imposibilitado físicamente nuestro pais de ser una gran potencia marítima en adelante, ¿qué interés tendrian

las diferentes provincias españolas en conservarse unidas y compactas faltando la primera condicion de su vida comun, el principal fundamento de su poder? Asi pues, la intervencion produciria por de pronto el desmembramiento de parte de nuestro territorio, y mas tarde la disolucion de nuestra nacionalidad toda, á la que ayudarian admirablemente las peregrinas ideas republicanas que se trabaja por introducir en nuestra desventurada patria, sirviendo ademas de confirmacion á los resultados de la historia que nos enseña que la independencia de un pueblo no ha resistido nunca á tres ó cuatro intervenciones repetidas. Semejante desenlace debiera, á falta de un espíritu de patriotismo y de lealtad, abrir los ojos al partido exaltado sobre la aciaga y peligrosa senda en que está envuelto; y al partido moderado hacerle renunciar á esas tristes esperanzas que abriga de verse restablecido en su dominacion de un modo tan funesto para el porvenir de su pais, y que ni aun restableceria el órden y la estabilidad que pretende defender, salvo que en su concepto lo sean una reaccion sangrienta ó un estéril despotismo.

Con saber todo esto sin embargo, no se adelanta gran cosa. De tener entendido que la intervencion será un ataque á las soberanías nacionales, un escándalo para la humanidad, una ignominia para nuestro pueblo, y un golpe desastroso á nuestro porvenir, no se saca ningun fruto. Lo que nos importa ante todo es saber si la injusticia se traducirá en realidad, si la violencia se formulará en hecho, si el temor de una gran calamidad pasará á ser realidad efectiva; es decir, si esa intervencion es materialmente posible. De nada nos servirá saber que se ejecutará con nosotros un atropello, que serán hollados nuestros derechos de nacion, que se consumará nuestra total ruina, si partiendo de esa posibilidad, no ponemos todos los medios conducentes para que no se lleve á efecto, ó para rechazarla si estuviese en nuestra mano. Conviene pues examinar dos cosas de mucho interés para nosotros; á saber, si es realizable que las potencias que han de tomar parte en el proyectado Congreso, se pongan de acuerdo para llevar á efecto una intervencion; y si, supuesto este caso, tenemos la probabilidad de apartarla de nosotros, bien sea por la fuerza de las armas, bien de otro modo cualquiera.

Empecemos ocupándonos del primer punto. La situacion actual de la diplomacia está ciertamente lejos de ser satisfactoria. Las dificultades sobrevenidas en la cuestion de Oriente de resultas de la Siria, se encuentran al parecer definitivamente terminadas con el abatimiento de Mehemet-Alí, y la resignacion de la Francia; pero esas diferencias pueden renacer á cada instante y al soplo del mas leve acontecimiento. No obstante, es evidente que todas las potencias interesadas en la solucion del problema que se discute en Constantinopla comprenden la necesidad de aplazarla para en adelante, y mientras que se deslindan mejor los intereses encontrados; y entre tanto no seria imposible que pudieran consagrarse mancomunadamente á resolver alguna cuestion secundaria, como por ejemplo, la española. No diremos que haya llegado precisamente el momento de que lo hagan; pero sostenemos que es muy posible semejante caso, y que el anuncio del próximo Congreso nos debe tener advertidos de que no estamos emancipados de Europa como ciertas gentes quisieran hacernos creer. En este estado de cosas, una intervencion no encontraria dificultades graves sino

en la situacion interior de la Francia y en la mala voluntad de la Inglaterra á quien le acomoda demasiado el sistema de gobierno existente en la actualidad en España para consentir fácilmente su trastorno; estas dificultades, lo repetimos, son graves, y tanto que en nuestro concepto imposibilitan por ahora los buenos deseos de los intervencionistas, aun prescindiendo de los desembolsos necesarios y nada fáciles de hacer en los momentos en que se anuncia un *deficit* en el presupuesto de la primera de aquellas dos naciones. Pero, ¿quién nos garantiza de que sucederá lo mismo en adelante? ¿Quién nos asegura que el órden no se acabe de consolidar definitivamente en la nacion vecina, y que, calmadas las pasiones revolucionarias con el cansancio y el espectáculo repugnante que dan de vez en cuando de su influjo, pueda su gobierno consagrarse con entera seguridad á la obra de la política esterior tomando con nosotros la iniciativa? ¿Quién es capaz de afirmar que las disposiciones de la Gran-Bretaña sigan siendo siempre iguales, y que su interés no llegará á cambiar en las relaciones que tiene con España? Ademas, pensamos que se engañan bastante los que se imaginan que las tendencias liberales de los franceses serán siempre una barrera invencible contra toda tentativa absolutista en España por medio de una intervencion estranjera; esas tendencias no lo fueron en tiempo de la restauracion cuando esta luchaba con una oposicion robusta y el partido revolucionario era mas numeroso y aguerrido, y lo serian mucho menos hoy que el principio absolutista se ha fortalecido tan visiblemente en Europa de pocos años á esta parte. Por otra parte, ya hemos visto como la Francia se ha resignado con su gobierno en la cuestion egipcia, y lo fácilmente que ha podido consolidarse el gabinete que entraba bajo los auspicios de una paz humillante; lo propio sucederia en el caso de que ese mismo gobierno creyese conveniente para su tranquilidad y á fin de guardar la mayor armonia con las potencias del Norte, intervenir en nuestros asuntos en interés del absolutismo. Esta intervencion no tendrà nunca, segun tenemos indicado, mas que un obstáculo serio, el desembolso de las sumas necesarias para llevarla á efecto; pero ya manifestamos como podria orillarse este negocio de una manera conocidamente ventajosa y comprando al paso la tolerancia inglesa. Si á la Francia se entregasen las Baleares, y nuestras colonias marítimas se pusiesen á merced de la Inglaterra, veriamos en qué venian à parar el liberalismo de la oposicion de la una y los favorables sentimientos del gabinete de la otra. En resúmen, la intervencion estranjera, no probable hoy, es posible sin embargo mañana; y para precipitarla y convertirla en realidad bastaria solo tal vez una nueva manifestacion del espiritu revolucionario por el estilo de la de Barcelona; y otra muestra correspondiente de impotencia y debilidad de parte de nuestro gobierno como la que acaba de dar. El próximo Congreso, si á reunirse llega, se encargará probablemente de allanarle el camino.

Pasemos ahora à examinar el caso de que por efecto de los desórdenes que puedan ocurrir nuevamente, de las faltas que el gobierno sea capaz de cometer en adelante, de que haya contra el actual régimen mayor animosidad de la que imaginamos, ó por otro motivo cualquiera, se realizen nuestros temores y se verifique la intervencion, ¿nos sería posible entonces responder à la fuerza con la fuerza re-

peliéndola por las armas? ¿Estaría en nuestra mano defender de un modo violento la independencia de nuestro país, violentamente atacada tambien, batiendo á los estranjeros que vinieran á subyugarnos? ¿Y cómo rechazariamos, digasenos, la provocacion? ¿Con qué medios, espliquesenoslo, pelearíamos con el enemigo y resistiriamos sus ataques? ¿Con el ejército? ¿Y donde está ese ejército por ventura? ¿O se cree que merecen este nombre algunos centenares de batallones y de docenas de escuadrones, en cuadro ya una gran parte, y lo que es peor que todo, desorganizados moralmente por nuestras revueltas políticas, desconcertados por nuestros pronunciamientos, y compuestos á la verdad de soldados escelentes y sufridos, pero sin cabeza, sin direccion, sin los recursos indispensables para combatir? ¿O se piensa que, sancionado una vez el principio de que es lícito y hasta obligatorio á los militares abandonar sus filas por motivos políticos, no habian de hacerse sentir las consecuencias si el estranjero levantase una bandera de desercion á la sombra de la monarquía ó del órden que se diria llamado á defender? ¿O se imagina que con la prisa que nos hemos dado á proscribir las ilustraciones guerreras nos quedan bastantes generales de la capacidad necesaria para dirigir nuestras tropas y oponerlas á cuerpos disciplinados y belicosos, haciendo la guerra de grandes masas, y teniendo que abandonar el sistema de remolque y de inaccion en que tanto se han distinguido nuestras divisiones durante la pasada lucha? Bien sabemos que los admiradores del gobierno vigente tienen grandísima confianza en una celebridad militar de todos conocida, y que en su concepto bastaria para suplir la falta de cualesquiera otras, sino las hubiese; á darles crédito, nuestra revolucion tiene su héroe-guerrero, como Inglaterra tuvo á Cromwell y la Francia á Napoleon, y de aquí la sorprendente admiracion que causa el general á que aludimos y á quien se llama á boca llena por algunos el *Bonaparte español*; pero los que no creemos, sea dicho con perdon de su allegados, en los talentos estratégicos de ese personaje y haciendo sin embargo justicia á las demas cualidades militares que le distinguen, no sabemos si el Bonaparte con quien se atreven á compararle le hubiera confiado el mando de una de sus divisiones, no tenemos ciertamente tanta confianza en el temple de su espada para rechazar la invasion; en nuestro concepto las cosas pasarian lo mismo que si tal celebridad no existiera, y dado caso de que la elevada posicion en que en este momento se encuentra le permitiese consagrarse de lleno á la guerra activa, no imaginamos que podria aspirar mas que á hacer el papel de un Mina en mayor escala fortaleciéndose en dos ó tres provincias, é intentando una resistencia mas ó menos vigorosa, pero secundaria, individual, y por lo tanto limitada. No es pues el ejército quien ha de sostener nuestra nacionalidad amenazada y nuestra soberanía combatida; para prueba convincente basta recordar lo ocurrido en la intervencion pasada: entonces contábamos asimismo con un ejército numeroso y brillante que seguramente no cedia al actual en disciplina y en valor; las insurrecciones militares no estuvieron entonces tan de moda, y las facciones realistas habian sido totalmente batidas y lanzadas fuera de España sin transacciones de ninguna clase; y á pesar de tan incontestables ventajas, la desercion logró desorganizarle en breve, y ayudada de la villanía de

unos cuantos generales, acabó totalmente con su existencia. Nada se opone á que pueda suceder lo mismo ahora que hay elementos mas desfavorablemente combinados, y que la lucha ha perdido ya de tal manera su caracter propio, que la intervencion pareceria á muchos mas bien un ataque á personas determinadas que al cuerpo mismo de la nacion, así como no faltó quienes creyesen en la época pasada que se derrocó un sistema político malo, pero dejándose à nuestra independencia en un lugar honroso. Y no siendo el ejército en quien debemos buscar la salud ¿la encontrariamos acaso en la Milicia Nacional? Pero la índole de este cuerpo se opone esencialmente á servir de punto de apoyo para una resistencia fuerte y sostenida; el espíritu de su institucion es solo conservar el órden y la tranquilidad dentro de las poblaciones, y todo lo que sea arrancarla de este terreno, no conducirá mas que á hostigarla y aniquilarla sin ningun fruto. Obligueseles á los milicianos á guerrear en línea en vez de consagrarlos esclusivamente á la defensa de sus hogares, y ni se conseguirá hacerlos soldados, ni será posible mantenerlos mucho tiempo en esta situacion. La pérdida de un padre de familia no se compensa con la facilidad que la de un soldado suelto, y esta circunstancia imposibilitará siempre á la milicia nacional de prestar los servicios que se está en el caso de exigir de tropas regladas y permanentes. Tambien en 1823 teniamos una numerosa milicia nacional, y nos atreveremos á decir, mas entusiasmada y decidida que la presente; sus individuos habian tomado espontàneamente las armas en defensa del sistema constitucional, dejando poco que desear su patriotismo y buen sentido; sin embargo, tampoco pudo servir de nada contra la invasion francesa, y fuera de algunos hechos aislados en que su heroicidad fué puesto á prueba, los invasores no encontraron los obstàculos que eran de esperar. Las milicias da Madrid, Bilbao, Cartagena y Barcelona se señalaron á la verdad por hechos distinguidos, pero en el resto del reino no tuvieron mas recurso que permanecer pasivas ó agregarse á los cuerpos de ejército en que no pudieron tampoco hacer nada. Sucedió en aquel tiempo lo que sucederà en todas las épocas en que para rechazar un ataque estranjero no se cuente sino con el entusiasmo individual y la decision de unos pocos, permaneciendo estraña á ambas cosas la masa de la Nacion: tendrán lugar algunas hazañas particulares, pero el país se someterá al yugo. Y no dirá nadie por cierto que nuestro país en general esté ahora mas favorablemente dispuesto que lo estuvo entonces. Verdad es que las ideas liberales han ganado portentosamente terreno, que son mayores los intereses comprometidos en el sistema actual, y que el bando absolutista ha sido plenamente vencido; pero no lo es menos que ha habido una grande escision en el partido constitucional, de resultas de la cual una gran parte suya se ha alistado francamente en las banderas del despotismo, y de él solo aguarda la salvacion pública.

A esta obra han contribuido no poco los mismos liberales en general cometiendo tantos dislates, arrastrándose por tales miserias, distinguiéndose por tantos escesos, y entregàndose á tales infamias, que el régimen representativo ha caido en un descrédito casi general, y para muchos es un hecho ya inconcuso que el absolutismo es el bello ideal de los gobiernos. Cuando parecia que los principios constitucionales debian estar mas arraigados

que nunca en el corazon de nuestro pueblo, y que no podia inspirar por lo mismo ningun temor para en adelante la causa de la libertad, resulta que los unos sirven solo de befa á la mayor parte de las gentes, y la otra inspira cada vez menos simpatías á las clases inferiores. ¿Ni cómo podia suceder otra cosa? El egoismo y la ambicion han invadido por una parte á la fraccion ilustrada de la sociedad, en términos que las opiniones políticas son generalmente el medio de satisfacer el uno y contentar la otra, infundiendo por esta razon desprecio y hastío á los hombres de bien; y por otra casi todas las reformas practicadas, la abolicion del diezmo, el asalariamiento del clero, la venta de bienes nacionales, han redundado esclusivamente en beneficio de la aristocracia plebeya y en daño del verdadero pueblo, á quien ningun interés directo y ostensible liga al presente órden de cosas. El resultado es, que como á los unos no les moveria la fé, ni á los otros la conveniencia, nadie estaria dispuesto en resolucion á combatir por la causa liberal. Que en lo mas ardiente de un pronunciamiento hecho al ver la patria en peligro se alze la bandera negra y se invite á todos á tomar espontáneamente las armas, y se observará cuan contados son los patriotas al estilo moderno que vuelan á la frontera; que al tener encima la invasion, se organicen guerrillas, como propone el *Huracan*, para batir en detall al enemigo, y se verá cuan poco tiempo tardan en sucumbir bajo la mala voluntad de las poblaciones para ser reemplazadas por partidas facciosas armadas por el despotismo, únicas que podrian lisongearse de tener una existencia sólida y duradera, como tantas veces se ha esperimentado.

Presentamos la cuestion sin lisura, y con toda la franqueza posible, porque otra cosa seria faltar á un deber riguroso é imprescindible. Es preciso, en efecto, que ni el gobierno ni el pais se formen ilusiones acerca de la posibilidad de rechazar la intervencion, si tal calamidad nos sobreviniese, y que creyendo equivocadamente que contamos con recursos bastantes para verificarlo del modo que estaria á nuestro alcance si fuésemos una grande y poderosa nacion, o tuviéramos un ejército respetable y aguerrido, descuiden otros medios que pudiera acaso haber de impedirlo, y de que sea permitido echar mano. Pagamos demasiado caro el error cometido en 1823, para que debamos incurrir ahora en una torpeza semejante. A fin de que, como en dicha época, no demos lugar á que la intervencion se nos eche encima sin tener tiempo mas que para decir unas cuantas fanfarronadas y echar inmediatamente á correr, importa no descansar con una seguridad engañosa de que nuestra independencia será respetada, ni esperar de la proteccion de nadie que nuestra nacionalidad no será ofendida (1). Por

(1) Aquí aludimos al favor de la Inglaterra, que muchos creen no nos faltará en el caso de que las potencias estranjeras quisieran intervenir á mano armada en nuestros asuntos, olvidando sin duda que de nada valieron las simpatías con que pensamos deber contar tambien en 1825 para estorbar la entrada de los franceses. Ademas, conviene no perder de vista que esa nacion, esencialmente comerciante, no otorga ningun favor que no venda á peso de oro. Tendriamos, pues, que comprar su proteccion, y es sabido lo cara que cuesta siempre á los protegidos. El precio que fijaria á ella para nosotros seria un tratado de comercio hecho esclusivamente en interés suyo, lo cual nos mataria industrial y mercantilmente, y seria poco menos desastroso que la intervencion misma. La conducta por otra parte que el gobierno español está observando en Portugal, segun la version de los periódicos ingleses, no es la mas á propósito para captarnos la amistad británica para en lo venidero.

eso hemos insistido tanto sobre nuestra imposibilidad material de poner resistencia á una tentativa de esta clase. Para quedar airosos en el asunto de la intervencion, para eludir las pretensiones del estranjero, no existe mas que un medio, un solo medio de conseguirlo, y fuera de él todo es locura y desvarío. Si nos es humanamente imposible rechazar por la fuerza un ejército estranjero que nos invadiese mañana ú otro dia, no lo es trabajar porque no tenga que llegar ese caso; si no està en nuestra facultad el conducirnos de modo que los protocolizantes armados nos encuentren prevenidos para hacerles frente, no nos es difícil obrar en términos que esos señores hayan de permanecer ociosos; en una palabra, si nuestra esfera de actividad no llega á *reprimir* la intervencion, alcanzará lo menos hasta *prevenirla*. Apartar diestramente y con maña lo que no puede evitarse en otra forma; emplear la capacidad y el talento donde no es permitido el uso de mas armas; hacer uso de medios pacíficos y conciliadores cuando no se tienen a mano los fuertes y violentos: tal es el recurso que nos queda, y al gobierno en particular, para libertar al pais de la cadena de infortunios que empezarian para él con la invasion estranjera.

No se crea sin embargo que lo que proponemos es que nuestra diplomacía haga maravillas de astucia y de intriga, supliendo á los cañones de nuestro ejército con intrigas y amaños parecidos á los que se están empleando en este momento en Portugal, y que tan caros puedan salir á nuestro gobierno; nada menos que eso. Queremos que se obre con entera franqueza y lealtad, si bien con circunspeccion suma y con actividad asombrosa. No deseamos que se susciten dificultades interiores á los demas pueblos, para lo que nos faltan políticos maduros y esperimentados, y que por otro lado darian mayor peso á las razones que creen tener las potencias para entender en nuestra conducta, si no que pretendemos que, desplegando moderacion y templanza, se satisfagan sus justas exigencias y se aplaquen sus legítimas quejas. Ya es tiempo de abandonar las añejas preocupaciones del liberalismo, que en todos los pasos de la Santa Alianza veia un sistema organizado de persecucion y de guerra contra las ideas constitucionales, solo por serlo, sin echar de ver que su violencia y exageracion eran los que provocaban ante todo el encono de ella; los monarcas absolutistas no son tan injustos y apasionados como se les ha querido suponer siempre, y otra seria la suerte de los principios democráticos, sí, apreciando en su justo valor las instituciones monárquicas y las leyes de la estabilidad social, hubieran hermanado mejor la libertad con el órden, y el progreso con la conservacion. En cambio han lanzado ciegamente un grito de guerra contra todo lo establecido, por sagrado y legítimo que fuese, y en favor del espíritu de invasion que todo lo ha pretendido invadir; y porque los representantes del sistema atacado y de las ideas combatidas han tratado naturalmente de rechazar el ataque, no ha habido bastante hiel en las palabras, ni bastante irritacion en los sentimientos para estigmatizar la conducta de los que asi defendian su existencia. Medite esto bien el gobierno español de ahora y el partido á que representa: sin faltar á su dignidad ni menoscabar su decoro, puede manifestarse circunspecto y reparador con la diplomacia europea, haciéndole razonables proposiciones que disipen sus recelos y desarmen su enojo; y este es, lo repetimos, el ca-

mino derecho y seguro de combatir una intervencion posible.

¿Cuáles son, en efecto, los motivos que han dado ocasion á las potencias estranjeras para considerar con cuidado la marcha de nuestros negocios interiores, y en un próximo Congreso tratar de este punto con preferencia, tomando acaso medidas hostiles hácia nosotros? Ya hemos manifestado que debian ser los síntomas revolucionarios que ofrece desgraciadamente nuestro pais, la ocupacion de la regencia por un gefe militar influyente en el ejército, y la prepotencia creciente del partido republicano. Evidentemente no pueden existir otros, porque á no ser asi, y en la hipótesis de que la índole liberal de nuestras instituciones y la esclusion de don Cárlos fuesen la causa de toda la hostilidad de sus proyectos, ocasiones ha habido en que les ha sido posible y aun fácil demostrarla interviniendo oportunamente en nuestras cosas. Luego sincerándose con ellas de la tendencia que tales síntomas parecen anunciar en el pais; luego esclareciéndolas sobre las intenciones positivas del gobierno, opuestas sin duda al órden de cosas que indican debe sobrevenir al presente; luego manifestándoles de un modo esplícito que las ideas disolventes y los instintos trastornadores no lograrán el predominio que muchos esperan, gracias á los esfuerzos de la gran mayoría nacional que se opone resueltamente á las unas y á los otros, el origen de su enemistad desaparece, los pretestos de su odio se disipan, y la intervencion cae por su propia base.

Los gobiernos estranjeros que presencian de lejos nuestros trastornos políticos, é ilusionados por las apariencias y aun por las comparaciones que pudieran hacer con acontecimientos pasados de mayor gravedad, desconocen el carácter de miseria y de porqueria que distingue á las revueltas y alzamientos de España, creen desde luego que entre nosotros se prepara una conflagracion horrible que amenaza echar por tierra la sociedad entera, y conmoverla en sus mas profundos cimientos. Ignoran ellos que los verdaderos revolucionarios, que los anarquistas de corazon son por fortuna en número reducidísimo, y que esa aparente fuerza suya viene de que á ellos se asocia una gran cantidad de gente que busca simplemente empleo, y para quienes la revolucion y la anarquía no son mas que medios de pretender que escogen como podrian elegir otros cualesquiera. Nada por lo tanto mas fácil que reprimir esos motivos tan imponentes en la apariencia, y tan asquerosos en realidad, con un poco de energía y de firmeza de parte de la autoridad suprema, salvo que à fuerza de tiempo adquieran un dia una gravedad positiva, y que con la indulgencia la farsa se torne realidad. Se está pues en el caso de desengañarlos oportunamente y abrirles los ojos á la verdad de las cosas, anunciando que se tendrán esa energía y esa firmeza, y que con esto nada hay que temer.

Bajo el mismo aspecto deberia presentarse la cuestion de regencia. Ya que se cometió la falta de no asociar á ella una persona real, circunstancia que hubiera tranquilizado los ànimos de muchos fuera de España respecto á ciertos proyectos, remédiese en lo posible ese error haciendo entender à quien corresponda, que de parte del personage que hoy se encuentra al frente del Estado, no existen ni han podido existir miras ambiciosas que acarrearian infaliblemente su ruina, y que el trono de Isabel II, por quien tantos sacrificios se han hecho y tanta sangre se ha vertido, está hoy mas asegurado que nunca. Indíquese que el deseo

de afianzar el órden y de establecer definitivamente un gobierno, ha hecho saltar solo consideraciones de grande importancia; confirmeselo con ejemplos, y se conseguirá destruir no pocos temores é inquietudes por la estabilidad de la dinastía reinante. Procúrese particularmente poner coto á las imprudencias de ciertos alocucionistas y aduladores de oficio que involuntariamente llaman la atencion á los tiempos de Cromwel ó de Napoleon, y se tendrá adelantado mucho.

En cuanto á las tendencias republicanas, tampoco es difícil persuadir á todos de que el partido dominante está decidido á combatirlas con empeño, y que la empresa no es tan difícil en el momento que se quiera acometerla de veras. El pueblo español está demasiado empapado en las tradiciones monárquicas para que pueda nunca imponérsele la república mas que como una farsa de quince dias de duracion; semejante idea sólo es capaz de ocurrirse á ciertas cabezas ardientes que no han reflexionado bien el laberinto en que pretenden meterse, y solo podrian conseguir sus deseos á favor del desórden y del trastorno general, ayudados de los muchos que consideran al sistema republicano como un medio de entrar en posesion de los destinos públicos, cuya puerta les tiene cerrada el régimen actual. El partido republicano, como hemos dicho en varias ocasiones, es temible, mas temible de lo que generalmente se imagina; pero es siempre que las circunstancias le ayuden tan favorablemente como hasta aqui. Del gobierno depende hacer cesar la mayor parte de las circunstancias contribuyendo á que el pais éntre en su estado normal de justicia y de tranquilidad, y asi debe manifestarse en los términos convenientes.

La diplomacia española está pues llamada á hacer el principal papel, adoptando el plan de conducta que proponemos como el mas á propósito para conjurar la tormenta que nos amaga tal vez. A ella le corresponde desempeñar una mision difícil, importante y delicada, la de destruir las prevenciones que puedan abrigar las potencias estranjeras sobre los asuntos de España á consecuencia de ciertos hechos graves á primera vista; para conseguirlo, no están de mas cuanta circunspeccion, tacto y capacidad se despleguen. Es preciso que manifieste una actividad asombrosa, que trabaje de continuo sin desmayar jamás, que prevea todos los acontecimientos, que viva prevenida contra toda sorpresa, que reuna en fin una porcion de cualidades de que generalmente se ha cuidado bien poco hasta el dia. Desgraciadamente tenemos al frente de nuestras relaciones esteriores un hombre cuya absoluta nulidad es de todos reconocida, y el estado del pais exige imperiosamente que éntre á dirigir la política internacional quien sea mas capaz de anudar todos los hilos del plan diplomático que hemos bosquejado brevemente, y darle la estension de que es susceptible, aprovechando todos los elementos favorables á los intereses españoles.

Pero de poco ó nada servirán los trabajos de nuestra diplomacia, aunque haga prodigios de habilidad, si á cada instante se la deja en descubierto, y el giro de la política interior echa continuamente su obra por tierra haciendo vanas sus promesas é ilusorias sus declaraciones. No bastan aseveraciones positivas de que el órden será conservado, y la anarquía comprimida, ni solemnes protestas de que al trono no se sobrepondrá el despotismo militar ni la república, sino que es menester acompañar unas y otras de hechos notorios que

as confirmen, de pruebas irrecusables que las sancionen, de medidas terminantes que inspiren en ellas confianza. Asi, pues, no solo importa evitar en adelante que vuelvan á reproducirse acontecimientos como los de Cataluña, y el gobierno lo tiene en su mano rechazando siempre todo ausilio del poder revolucionario, sino que si el motin alza otra vez su cabeza, á pesar de todas las precauciones, es preciso cortársela de raiz con vigor, é imponer á los sediciosos de un modo que no les quede gana de alborotarse de nuevo. El escándalo de no haber fusilado à la junta de vigilancia de Barcelona sobre los escombros de la cortina derruida, no es para repetido, sopena de que la revolucion llegue á inaugurarse de veras. La apatía y debilidad del gobierno no deben ser puestas á prueba en otra ocasion, salvo que quiera espontáneamente suicidarse. Demasiado es que se haya faltado una vez á la solemne palabra dada en Zaragoza, dándose tan duro chasco al pais y á los amantes del órden. Las potencias estranjeras mandarán con razon á paseo á nuestros diplomáticos si en lo mas caloroso de una discusion en que ellos protesten de las buenas disposiciones de su gobierno, se recibe la noticia de una sedicion ó pronunciamiento en que los sublevados hagan como hasta aquí su plena voluntad, con tal que invoquen ciertos nombres y se cobijen bajo ciertas ideas. El medio mejor para alcanzar que esto no suceda nunca, es poner al frente de las provincias autoridades enérgicas y probadas que cuiden bajo su responsabilidad de su sosiego y quietud, y no seria difícil encontrarlas ó inspirarles estos sentimientos, deponiéndolas á la mas leve muestra de flaqueza ó tolerancia en el desórden. Tambien en este punto tenemos la fatalidad de que la persona encargada del régimen interior del reino es impotente para llevar adelante la obra de la restauracion del órden público, y el ministerio de la Gobernacion espera asimismo un sucesor de quien los gefes políticos débiles ó criminales no merezcan destituciones congratulatorias en vez de quedar sujetos al fallo de los tribunales.

El afianzamiento del órden y el triunfo de las leyes se obtendrian con mayor facilidad si cuanto antes se hiciese cesar esa persecucion organizada que se sigue contra el partido caido, ese sistema violento y escepcional con que se le acosa, y esa hostilidad permanente con que se considera á todos sus individuos. Acabe ese ostracismo político observado con él por la opinion dominante; hàgase porque vuelva à entrar en la senda constitucional de que tan imprudentemente se le arroja, y la estabilidad del pais ganarà mucho en que un gran número de hombres á quienes hoy casi se les obliga á vivir en pie de guerra con el sistema que rige, entren en disposiciones mas pacíficas y se resignen con la suerte de vencidos que ahora les cabe. Todavia están demasiado encendidos los ánimos y agitadas las pasiones para que una amnistía en que se proclame el general olvido de lo pasado produzca buenos resultados; pero se puede trabajar desde luego por aplacar los unos y calmar los otros, distrayendo la atencion general de los negocios políticos y llamándola por ejemplo, hácia las empresas industriales, y cuando llegue el tiempo oportuno que no debe tardar, apresúrese el gobierno à reconocer que un inmenso número de liberales no son para él mas enemigos que los facciosos de la pasada lucha.

Respecto el asunto de regencia, tambien urge muchisimo manifestar

de una manera esplícita y positiva que no se abrigan proyectos ulteriores de ninguna clase, ni segunda intencion que pueda perjudicar jamás á los intereses de nuestra jóven reina. Si se empezase á tratar desde luego la cuestion de su casamiento y á prevenirle anticipadamente una solucion ventajosa, discutiendo el sistema de las alianzas que convienen á nuestro trono y de las amistades con que debe contar nuestra nacion, se daria un gran paso en el camino de la paz y de la buena armonía con las potencias estrangeras. Para apartar uno de los obstáculos principales que á esto seguramente se oponen, es indispensable probar hasta la evidencia que nuestra Isabel II, entrará á ejercer plenamente y por sí misma las prerogativas de la corona á la edad señalada por la Constitucion de 1837, y que los rumores que han corrido ó puedan correr en contrario son una indigna calumnia inventada por los enemigos del hombre que hoy representa el trono á quien quisieran envolver en una triste y estrepitosa caida, como infaliblemente sucederia como tuviese la locura de abandonar la prudencia y la moderacion que le han distinguido hasta ahora.

La conducta del gobierno con el partido republicano deberia ser inspirada por las mismas máximas de cordura y prevision. La existencia de ese partido es mas dificil de atacar porque se apoya en principios en demasiada relacion desgraciadamente con los que profesan los hombres del dia, cuya legitima y última consecuencia son; pero sus ideas son tan descabelladas, sus planes de organizacion tan absurdos, y sus proyectos tan evidentemente contrarios á la prosperidad y al porvenir de España, que los mismos que sostienen las doctrinas que á tal estremo conducen pueden con seguridad rechazar toda mancomunidad con las teorias de los republicanos, y combatir victoriosamente todas sus tendencias y maquinaciones. Obligacion suya es acostumbrarse á mirarlos mas seriamente que hasta ahora, y pensar al mismo tiempo en hacerles una guerra sin descanso; no hablamos de perseguir á los órganos de su prensa ni á las personas que le componen, ni de suscitarle esas hostilidades quisquillosas, indignas de todo gobierno liberal é ilustrado y con que ministros incapaces ó apasionados luchan con los partidos á quienes no saben vencer, sino de ilustrar al pais sobre sus verdaderas necesidades, de apelar contra ellos á los sentimientos nacionales, de impedir que se deslizen en los puestos importantes de la administracion, de cerrarles la entrada en las principales funciones sociales, y sobre todo, de contener por medio de un sistema severo de justicia, de razon y de lealtad el descrédito que incesantemente alcanza cada dia á las instituciones constitucionales y en cuya virtud se hacen partidarios de la república todos aquellos que quieren permanecer liberales y rehuyen volverse francamente absolutistas.

De este modo se logrará convencer á las naciones estranjeras que el sistema que rige hoy en España no amenaza de cerca la paz de Europa, ni el órden en ella establecido, ni los grandes intereses de la civilizacion que está encargada de defender. Asi se evitará oportunamente la intervencion, no dando lugar á que los ódios se maduren y las enemistades se declaren. De no hacerlo asi, no es fácil decir de qué otra manera se apartará de nosotros aquella calamidad, no pudiendo lisonjearnos de rechazarla directamente y con los fusiles de nuestros soldados. Esto no quiere decir sin em-

bargo que descuidemos enteramente nuestras fuerzas militares, y que fiemos esclusivamente nuestra salud al éxito de nuestras negociaciones esteriores. La diplomacia necesita siempre la base de las armas; la fuerza moral necesita apoyarse en la fuerza material, y si por la insuficiencia de la última hay que acudir á la primera, no debe dejársela sin embargo en olvido. Entretanto que se trabaja activamente en lo esterior y en lo interior por obtener los resultados que hemos indicado, el gobierno debe consagrar sus esfuerzos á reorganizar enteramente nuestro ejército, y ponerle bajo un pie respetable de instruccion y de disciplina. Las sublevaciones, los pronunciamientos, exaltados ó moderados, las defecciones, las contra-defecciones han introducido en él grandes elementos de disolucion que solo pueden purgarse con una reforma completa. Para verificarla se necesitaria al frente del departamento de la guerra quien á la firmeza conocida de su carácter reuniese actividad, madurez de juicio y reconocido talento. El actual ministro del ramo, no es ciertamente el mejor que pudiera encontrarse á propósito, y ante todo se necesita un hombre que no tenga la debilidad de confiar demasiado en sí mismo para echar unas cuantas jactancias que causen nuestra ruina á la par que nuestro ridículo.

En resolucion, órden, moderacion y firmeza en nuestro gobierno dentro del pais; actividad, destreza y prevision fuera: severidad con los revolucionarios, y consideracion con los amantes del órden; la oscuridad de Washington antes que la ambicion de Cromwell; guerra á la república, y paz con las monarquías: tal es el lema que debe adoptar para en adelante ese gobierno, cualquiera que sea, y su representante para salvar á la nacion y á las instituciones liberales. La renovacion total ó parcial del gabinete, el cambio de la marcha de la administracion suprema, y hasta la disolucion de las actuales Córtes, si se les ocurriese oponer obstáculos á un sistema prudente y conciliador, son otras tantas medidas indispensables para llegar á un resultado satisfactorio. Pero si en cambio se prefiere, no nos detendremos á examinar con qué fin, seguir el rumbo que indican las pasiones y los odios; si se quiere hacer alarde de un poder que no se tiene, ó se sueltan amenazas insolentes como las que traia hace pocos dias un periódico ministerial solo se conseguirá provocar mas pronto la reaccion sin poder evitarla cuando las bayonetas estranjeras la apoyen. No, todos los gritos de los furibundos apóstoles del órden actual, no conseguirán contener la intervencion amagando con que el pueblo español seria infiel á las instituciones monárquicas y al trono de nuestra inocente Reina; antes se darian mayor priesa los monarcas estranjeros que la verifiquen á venir en auxilio de ellas y de él, no fuera que esos furiosos acabasen de quitarles su fuerza y los principios conservadores se viesen seriamente amenazados.

Para la España del dia no hay mas salud que entrar en la comunidad europea, asociarse á los intereses de la civilizacion, y supuesto que tiene un gobierno constitucional bastante lato para representar todas las grandes ideas sociales, trate de consolidarle por medio del órden legal y de la tranquilidad pública. Así se salvó la revolucion de julio; así se salvó la revolucion belga, y así solo se salvará la revolucion española.

C. C.

De las tendencias federalistas de España.

ARTICULO III.

Tratemos de acabar de desenvolver las consecuencias absurdas y desastrosas que envuelve en sí el sistema de república federativa que algunos predican como el único medio de salud que le queda á nuestro pais y á las instituciones constitucionales que le gobiernan. Ya hemos visto que su efecto natural é irresistible era no solo la disolucion de nuestros vínculos políticos, la muerte de nuestra nacionalidad, y el término de nuestra existencia individual é independiente, si no la destruccion de todo gobierno, la negacion de toda autoridad, y el rompimiento de todos los lazos sociales. Si necesitásemos un ejemplo vivo y presente de nuestra doctrina, encontraríamos uno irrecusable en el continente americano, cuya posesion hemos perdido y con cuyos habitantes tenemos tantos puntos de semejanza, tantos elementos de contacto por la identidad de origen, de costumbres, de ideas y de sentimientos. Allí podríamos contemplar las tristes consecuencias del federalismo y de la república, y en el cuadro sombrío que presentan esos gobiernos sin cabeza, esos Estados abandonados á sí propios, y esas ciudades, presa eterna de la anarquía y del despotismo militar, reconoceriamos lo que atendida, la comunidad de circunstancias especiales, nos sucederia á nosotros mismos, si una revolucion democrática, en el sentido que se quiere, llegase á prevalecer. Los hispano americanos no han podido organizarse jamás federalmente á imitacion de los Estados-Unidos, porque su espíritu íntimo lo rechaza y sus tendencias secretas lo combaten; católicos y monárquicos hasta ahora, es imposible que establezcan un forma de gobierno republicana y esencialmente protestantes: y sus afanes no tendrán término, y sus esperanzas serán vanas, y sus discordias infinitas hasta que ó funden una organizacion monárquica, ó se constituyan bajo bases equivalentes.

Los que se glorían de escribir solo para España, de acomodar á este pais, á este suelo, á estos habitantes, á sus hábitos y costumbres sus teorías republicanas, y á proceder nada mas, que en virtud de la atencion especial que de todas cosas han dado, se cuidan ciertamente muy poco de estudiar la historia nacional y de encerrarse simplemente en los datos que arroje para componer su sistema. De donde han sacado el gobierno republicano para nuestro pais? ¿Le encuentran alguna vez establecido en él por ventura? Es verdad que existen en sus provincias tendencias federalistas demasiado fuertes y pronunciadas, pero ¿indican ellas un movimiento hácia la asociacion federal (no es nuestro el contrasentido,) y no hácia la separacion definitiva en estados so-

beranos é independientes? Parece sin embargo que esto es lo que naturalmente se deduce del conocimiento de los hechos de su vida anterior. Pasar del centralismo á la federacion para marchar en seguida de esta á la independencia: tal es probablemente el objeto verdadero de esas tendencias, si hemos de juzgar á lo menos por las tradiciones y los sentimientos de nuestra patria. La federacion no ha existido nunca entre nosotros, y por lo mismo degeneraría en breve en aislamiento, aun cuando este no fuera su efecto lógico irresistible. Y es bien estraño por cierto que los que pretenden formar una escuela política española, partiendo de la observacion de sus rasgos característicos, vengan proponiéndonos la república y federalismo que en ningun tiempo hemos conocido. Por otra parte, ¿no es una verdad histórica reconocida que la nacion española ha sido en supremo grado católica y monárquica, es decir, unitaria bajo dos de los aspectos mas importantes de la vida política y social? ¿Pues por qué se prescinde entonces de este hecho fundamental y se desprecian las bases que existen para crear una nacionalidad fuerte y vigorosa, reclamando su disolucion en nombre de síntomas de opuesto origen y reaccionarios por naturaleza? El trono y el catolicismo estan seguramente mas arraigados en el corazon de nuestros pueblos que el instinto del provincialismo y la inclinacion á la independencia fuertemente combatidos por un despotismo de 300 años; y aun considerando nuestra organizacion política bajo el punto de vista de los obstáculos que habria que vencer en las antipatías nacionales, el sistema central y la forma monárquica tienen seguramente una superioridad real é incontestable.

A nosotros sin embargo que tenemos en cuenta los dos hechos de mayor alcance que ofrece nuestro pais y que solo tratamos de combinarnos con las ideas modernas, porque somos fieles á la ley del progreso, se nos tacha de estranjerismo, se nos acusa de que bebemos nuestra doctrina en libros franceses, de que prescindimos al establecer nuestro sistema político de las ideas y sentimientos de nuestra patria. Ya hemos manifestado que eramos francos admiradores de la revolucion francesa y en parte discípulos de la escuela democrática por ella creada; pero creemos profesar tambien opiniones que pertenecen á la escuela filosófica alemana, á la escuela constitucional inglesa, y no á la escuela liberal española, por la sencilla razon de que no existe ni ha existido jamás entre nosotros ninguna doctrina científica de gobierno mas que la del despotismo y la inquisicion, y que aquella á que se ha querido dar siempre este nombre era una amalgama tan confusa de ideas antiguas con nombres nuevos, de opiniones tan envueltas en principios modernos, que sus mismos autores no podrian definirla ni salvar las contradicciones en que incurren en sus consecuencias prácticas, y há sido abandonada al punto por cuantos han llegado á comprender el vacío que en ella se encierra y la ilusion de que sus sectarios son víctimas. ¿Cuál de esas escuelas nos ha enseñado la armonizacion que hacemos de ideas tenidas

hasta ahora como enemigas, la soberanía del pueblo y el derecho monárquico? ¿Cuál la concentracion que intentamos en una sola de todas las doctrinas políticas y conocidas? ¿Será el justo medio, ese sistema bastardo de mantenerse pasivo entre todos los intereses sin inclinar la balanza y observando por consiguiente una latitud pasiva? Pero nosotros no aconsejamos la inmovilidad sino el movimiento, y el movimiento apoyado en todas las fuerzas sociales, y es mas que un eclectismo impotente la teoría que sostenemos. La verdad es que nuestras ideas son producto general de la civilizacion europea, considerada en la especial aplicacion que puede tener á España y que, si pecamos de estranjeros, es á causa de que deseamos para nuestro pais los adelantos del siglo y los resultados de la ciencia moderna. Vosotros los que decis que fabricais un sistema puramente español y que proclamais con cierto orgullo que no pretendeis imitar á la comision de salvacion pública, ni á los girondinos, que no los habeis tomado por modelo, que no los reconoceis ni á unos ni á otros como jueces únicos é inapelables de los principios bajo que han de girar las revoluciones modernas, ¿creis por ventura que es tanta la originalidad que gratuitamente os suponeis? Pues vivis en un error gravísimo. Sabed primeramente que es imposible sostener una teoría cualquiera de gobierno sin apoyarla en un principio filósofico determinado, y el vuestro es aquel que en psicología solo admite á la sensacion como facultad del alma, en moral al interés como móvil de las acciones humanas, y la voluntad individual como base de la soberanía política en ciencia de gobierno: En este concepto sois hermanos carnales del partido de 93 que sostenia precisamente los mismos principios que vosotros; simpatizais en todo con Brissot y sus amigos cuyas obras encierran todos los gérmenes de vuestras opiniones, y nosotros hemos tenido plenamente razon en acusaros de girondinismo cuya acusacion os es imposible apartar. Y si fuese cierto que entre vosotros y algunos de los revolucionarios franceses no existia comunidad ninguna, ¿quien os habria enseñado esas palabras de *igualdad, libertad* y de *fraternidad* que repetis contínnamente, y que por lo visto entendeis tan poco cuando hasta tal punto desconoceis su espíritu? ¿Será por ventura en las archivos de las antiguas municipalidades españolas, en los fueros particulares de nuestras ciudades y villas ó en los monumentos legislativos de Castilla, Aragon, Navarra ó Cataluña donde habeis hallado formulada tal doctrina? No en verdad, porque es absolutamente especial á los tiempos modernos y propia del instinto revolucionario de nuestro siglo; asi que, por mas que digais que á ninguna de las fracciones de la revolucion francesa les reconoceis autoridad para dictar los principios demócraticos aplicables á todas las naciones, teneis que decidiros necesariamente, no habiendo otros posibles, por los de una de ella y lo que haceis es escoger los de la opinion mas antisocial, mas trastornadora, de la que fué ocasion de todas las atrocidades que señalaron la época del terror, de aquella

que fué justamente vencida y sin cuya derrota tal vez no existiria ahora la nacion francesa. Por lo demás, teneis hasta cierto punto razon en negar toda relacion entre vuestras opiniones y las de la demócracia francesa; estas últimas se derivan directamente de la reforma protestante combinada con el espíritu católico; y como os poneis tres siglos atrás y aspirais á continuar el movimiento de los Comuneros rechazando la obra del absolutismo y desconociendo por lo tanto la obra de la providencia, no es estraño que prescindais del trabajo de Lutero que no podeis comprender, ni del desarrollo que ha recibido el cristianismo desde entonces acá. Si no borráseis trescientos años de la historia, sabriais que el mundo ha entrado en una senda absolutamente diversa, que instituciones enteramente nuevas han venido á reemplazar á las antiguas, que la organizacion municipal ha caducado ya para hacer lugar á la organizacion politica y nacional. Pero vosotros negais el progreso, y desechais en su consecuencia todo lo que emane de esa ley suprema del universo; desechais el movimiento ascendente de las ideas humanas, y en vista de ello admitís unicamente lo antiguo y lo envejecido que, segun vuestra espresion, tiene la ventaja de una prueba prolongada y tanto mayor probabilidad de acierto; echais por tierra todos los principios modernos, y por eso renegais de la política demócratica tal como ellos la han formulado. No negaremos vuestro derecho, pretendidos demócratas españoles, pero no os tituleis revolucionarios, apóstoles del progreso y defensores del pueblo; abandonad esas palabras que no comprendeis ó de cuyo sentido apostatais, llamaos mas bien contra-revolucionarios, retrógrados y aristócratas y estareis mas en la verdad; porque lo que predicais como federalismo es una contra-revolucion que destruye en su base fundamentalmente la Constitucion de 1837; vuestro sistema provincial una reaccion hácia los antiguos tiempos, y vuestras franquicias municipales una aristocracia verdadera de las ciudades y villas sobre las poblaciones del campo.

Los partidarios del federalismo atacados en sus últimos retrincheramientos sostienen por último, que si bien la situacion política y geográfica de la Francia la obliga en cierto modo á establecer en su seno un gobierno central y unitario, es muy diferente la posicion de España, la cual no tiene que luchar con las dificultades que aquella para establecer la federacion y limitar los poderes que constituya, colocada como está en medio de naciones poderosas: con inmensas fronteras accesibles que guardar y envuelta en todas las cuestiones de política europea. Semejante argumento es tan vano como los demas, y como ellos se vuelve contra el régimen federal en su aplicacion á nuestro pais. Este no se encuentra en ese pretendido aislamiento que se quiere suponer; verdad es que no tiene vastas fronteras que defender, especialmente si la Península española llega un dia á formar un solo estado; pero posee una larguisima linea de costas de que cuidar, y ya para ello no son ne-

cesarios imponentes ejércitos, se requieren por lo menos grandes escuadras. Si debemos estar tranquilos ó casi tranquilos sobre el Pirineo no, estamos en el caso de abrigar la misma confianza respecto al Occéano ó el Mediterráneo, y en el Portugal tenemos todavia un flanco descubierto que la Inglaterra no nos permitirá nunca cubrir mientras que no seamos una grande y poderosa nacion. ¡Qué la España no está envuelta en todas las cuestiones de politica europea! Pero, ¿no sucede esto por ventura á causa del estado accidental de humillacion en que nos encontramos ayudado de la ímpericia de nuestros gobernantes? ¿No advertís que un pueblo que se apoya en dos mares, que ocupa la situacion tal vez mas aventajada de Europa, dueña de importantes y lejanas colonias, que debe llegar á ser señora del primer estrecho de la tierra, tiene que pesar mucho en la balanza del mundo cuyos destinos se discutirán en adelante sobre las aguas antes que sobre los continentes? ¿O porque su política haya de ser esencialmente marítima, creeís que está en el caso de renunciar á influir en la diplomacia europea y de encerrarse en su concha, sin asomar nunca la cabeza á lo esterior? Entonces os habeis formado una idea demasiado chica del valor del comercio y de la industria, y del papel elevado que puede hacer algun dia nuestra patria. Y sino pensais de esta manera y dais la importancia que se merecen á los buques y á las escuadras, el federalismo es la peor forma de gobierno que para la nacion española podriais escoger. Divididas sus provincias, asociadas por un vínculo ideal, encontradas en intereses y en necesidades, seria imposible crear con elementos tan discordantes ninguna obra sólida y duradea en cualquiera género. La rialidar de las provincias agrícolas con las mercantiles é industriales seria siempre una dificultad radical para la formacion de una gran marina, para darle siquiera todo el desarrollo que reclaman nuestra proximidad á los grandes focos de la civilizacion y la continuidad no interrumpida de nuestras costas. En vano les predicariais la alianza de sus respectivos intereses; en vano les manifestariais la armonia que entre unos y otros existe naturalmente; en vano les hariais patente la necesidad de ponerlos acordes para mayor ventaja suya; el egoismo abandonado á sí propio no oye mas que á sí, la conveniencia sin otra tutela que la suya no acoge ninguna voz; solo un poder fuerte y robusto seria capaz de hacer á todos razonables, solo una accion central podria tomar en cuenta las necesidades de todos. Y no se cite á los Estados-Unidos en prueba de los esfuerzos que puede hacer una nacion confederada, para crear una gran marina: los diferentes estados de la union tienen en ello un interés demasiado inmediato y comun, y sin embargo todos sus medios no han alcanzado á poseer una formidable marina de guerra de que les dispensa por otra parte su lejania, y el aislamiento en que viven de la política de Europa. La situacion de España es muy diversa. Aun en el caso de que la organizacion federal nos permitiese adquirir una nume-

rosa marina mercante, sin unidad nacional, sin gobierno supremo, sin poder central, ¿quién protegeria nuestro pabellon en el Mediterráneo? ¿quién abriria á nuestro comercio salidas en todos los mares? ¿quién encontraria mercados á nuestra industria en toda la tierra? ¿se cree por ventura que en la humillacion del uno y en la decadencia de la otra, bastaria á consiguirlo el interés particular, teniendo que luchar sobre todo con naciones fuertes y poderosas?

Asi pues, sea el que quiera el punto de vista bajo que se considere la cuestion del federalismo republicano, ya bajo el aspecto social, ya bajo el aspecto politico, ora como problema de teoría, ora como simple hecho práctico, siempre resulta que el gobierno organizado bajo sus principios es el que menos puede convenir á España, si se quiere tener en cuenta sus tendencias legítimas y sus necesidades verdaderas, é imponerle un régimen en armonía con el espíritu de la civilizacion moderna. Cuando el momiento natural de ésta reclama imperiosamente que en industria, en artes, en comercio, en todas las esferas de la actividad humana la asociacion reuna todos los trabajos, y concentre todas las fuerzas para hacer mas útiles los unos y mas productivas las otras, el órden político no debe sustraerse á la ley universal y formar una escepcion anómala é inconcebible. Solo aquellos que, segun hemos visto, desconocen todo ese movimiento porque niegan el progreso y los adelantos del espíritu humano, pueden pensar en resucitar un sistema caduco que hizo ya su tiempo en el mundo y que guardando una desproporcion inmensa con las tendencias actuales de la humanidad, no haria mas que embarazar su marcha y servirle de obstáculo en el camino de la perfeccion.

Véase porque hemos anatematizado tan duramente las tendencias federalistas de nuestro pais, tendencias perjudiciales y desastrosas, que nunca serán bastante combatidas. Ya manifestamos cuanta ha sido la importancia del papel que han hecho en todas nuestras vicisitudes políticas y como, gracias á su influjo, no son los principios de la verdadera libertad moderna los que se han proclamado por los primeros constitucionales españoles, sino las antiguas franquicias municipales que quisieran resucitarse á la sombra de los nombres nuevos. Los acontecimientos recientes de Barcelona han manifestado á las claras cuan vivo y enérgico subsiste todavia el instinto provincial y cuanto habrá que luchar con él para dar á la nacion un sistema de gobierno vigoroso, compacto y verdaderamente nacional.

Los amigos de la revolucion de setiembre pueden ver tambien ahora cual era su verdadera tendencia, y lo lejos que estaba de corresponder á los deseos y esperanzas de los que vieron en ella un movimiento dirigido á afianzar las bases de la Constitucion de 1837 que se creia en peligro.

Nosotros hemos querido entrar en estas consideraciones acerca de este punto, para que, no alucinados los verdaderos liberales con ciertos síntomas esteriores, ni ilusionada la

nacion por algunos nombres que se prodigan, comprendan el riesgo que corren los unos y la otra con dar impulso al espíritu revolucionario de España, retrógrado en su orígen y en sus resultados. Ese espíritu se refleja fielmente en las doctrinas del *Huracan* que, pidiendo con franqueza la república federativa para España, ha sido el primer periódilo que ha formulado su revocacion en lo que tiene de especial y de característico. Ahora bien, ya saben lo que significa esa palabra, ya no ignoran que ella equivale á nuestra muerte política, á la anarquía social. Los hombres á quienes acomoden estas consecuencias, deben hacerse francamente republicanos; aquellos que las rechazen están en el caso no solo de contrarestar la marcha de la revolucion, sino de profesar las verdaderas ideas monárquico-constitucionales con la latitud y en los límites del código vigente ahora. C. C.

BIOGRAFIA POLITICA.

WASHINGTON.

(CONCLUSION.)

Dejando pues á un lado esas formas esteriores de la vida del pueblo americano, si buscamos su carácter esencial, el fondo de su alma, hé aqui lo que encontramos. El sentimiento, la pasion inteligente, esa facultad divina que dá al pensamiento las alas de la inspiracion y á la voluntad las del entusiasmo: esa facultad eminente sobre todo en el genio francés, está en segundo término en los americanos. Lo que la reemplaza como principio dominante es un gran desarrollo de la inteligencia madura que, aplicada por ellos á las cosas positivas y á la conducta de la vida, les dá una alta razon práctica, una actividad constante, una voluntad tranquila, fuerte é indomable. Se concibe que ese carácter no nos inspire una simpatia directa. Su ejemplo deberia sin embargo enseñarnos á tener mas reflexion, consecuencia y madurez en nuestras acciones, y en todo caso no podemos rehusarle de veras nuestra estimacion. Ademas, ¿no ha conducido á los americanos, aunque por otro camino, á las mismas creencias morales y sociales que á nosotros? Se ha dicho que no eran mas que ingleses rematados: es un error: son ingleses trasformados por la influencia de la filosofía francesa. Por ventura ¿han sabido nunca los ingleses adoptar asi ideas generales y decidirse por ellas? Es verdad que los americanos créen mas enérgicamente en el derecho individual, al paso que nosotros sentimos con mayor viveza la fraternidad: pero en el fondo estas dos ideas se reunen en el principio de la dignidad humana y de la igualdad civil. En nombre de este principio se consumó su revolucion como se consumó la nuestra. Hermanas son estas dos revoluciones: hermanos deben de ser los pueblos que las han hecho.

Fuerza es combatir aqui muchas prevenciones. La revolucion americana, preparada en los hechos largo tiempo hacia, no es sin duda como la nuestra el tránsito repentino y violento de un mundo social á otro; pero abre el mismo porvenir y abarca igual horizonte. Su punto de partida es ese mismo evangelio de los derechos del hombre que lo es de la Francia desde 89, y cuyas consecuencias no podrán ser diferentes en ambos lados del Occéano: hasta se encuentran en ella bajo formas menores y menos trágicas las circunstancias principales que se reprodujeron despues en nuestra revolucion. Primero las violencias po-

pulares, luego la guerra civil, despues las medidas dictatoriales, en seguida el curso forzado del papel moneda, y por último hasta una ley de sospechosos. La exageracion de los partidos se vió allí de una manera totalmente análoga, y la América tuvo sus niveladores armados públicamente contra la propiedad como nosotros hemos tenido nuestros Babouvistas. Negar la analogia, y estoy por decir la identidad de estas dos revoluciones, es desconocer la evidencia. Decir como se dice alguna vez que la de America fué solo un motin de los intereses materiales heridos por el establecimiento de los nuevos impuestos, es calumniarla. El impuesto del timbre y el del té no tenian importancia alguna: pero eran un ataque al derecho de los colonos: hé aqui porque se alzaron. Este hecho honrará eternamente á los americanos: y lo que mas les honrará todavia es que esa defensa de su dignidad se cambió al punto en sus manos en una solemne revindicacion de los derechos universales de la humanidad. Despues de haber comenzado reclamando para sí mismos las prerogativas políticas de todo ciudadano inglés, acabaron por comprender y declarar en alta voz que toda masa de poblacion distinta de otras por su genio ó situacion, forma una asociacion natural y no depende mas que de si misma ó de las autoridades que nacen en su seno. El dia en que, dictándoselo nuestra filosofia declararon los Estados-Unidos su independencia, al proclamar asi el derecho divino de las naciones, inauguraron realmente esa gran emancipacion de los pueblos que la Francia está encargada de llevar á cabo. En prueba de la opinion que aqui sostenemos, bastaria citar el ejemplo de ese hombre admirable que, representando en Europa la tradicion pura de las ideas americanas, examinando el conjunto de su vida se le ha encontrado siempre en el camino recto del progreso politico de la Francia.

Para formar una unidad viviente, todo pueblo, y mas en las épocas decisivas de su historia, necesita un gefe, un corifeo que jamas falta en el caso dado. El americano habia menester uno para su revolucion que fuese como ese mismo pueblo, grande y poderoso á fuerza de razon y de voluntad, sin el auxilio y tambien sin los peligros del genio. Tal fué ese Washington admirable ante todo, porque era bastante grande para su obra, y no lo era bastante para hacerla escesiva en ningun sentido.

Menester es pararse á considerar por qué feliz concurso de circunstancias plugo á la Providencia formarle para esta obra en que debia llevarle un dia por la mano si puede decirse asi. Le hizo nacer en Virginia. Fundacion esta del viejo torismo inglés, encerraba cuanto habia de aristocrático en las costumbres é ideas de las colonias americanas. Ricas labranzas hechas por vastas esplotaciones bajo una direccion ilustrada mantenian á grandes y nobles personages. Alli pues, debian crecer individualidades eminentes y á propósito para el mando, al paso que de la nueva Inglaterra, emigracion de los puritanos debian surgir aquellas masas laboriosas y perseverantes, aquel *robur peditum*, de la democrácia.

En la primera parte de la vida de Washington vemos reproducirse bajo una forma individual el mismo desarrollo de hechos y de facultades que en la historia de los americanos. Su educacion puramente elemental se completa con las lecciones de la realidad esterior. La profesion de agrimensor ejercida por él en un principio hasta en las soledades entonces silenciosas é inhospitalarias que se estendian mas allá de los montes Alleghanys, ¿ no corresponde exactamente á la aventurera invasion de los primeros colonos en el seno de tierras desconocidas ? Rico plantador despues en el importante señorío de Mont-Vernon, se encontró partícipe de aquella condicion comun y normal de sus conciudadanos de donde procedian en gran parte la fuerza y virtud del pueblo americano. Por último, en los recreos viriles de su juventud, en sus aventuradas escursiones, principalmente en un viage emprendido para intimar á los franceses establecidos en Ohio que se retiraban, se le ve desplegar la fria audacia, la energía física y moral de los mas intrépidos *plantadores*, y ese espíritu aventurero que impele á los americanos á aislarse en el seno de la naturaleza salvage, lado romántico de su carácter.

Al mismo tiempo se formaba en él el hombre de guerra y de mando. En las colonias casi hacia la guerra parte de la vida comun por la institucion de las milicias y por la necesidad de defenderse de los indios. La lucha empeñada muchas veces contra los franceses del Canadá abrió á Washington teatro mas noble y espacioso. En medio del siglo XVIII aspiraba al imperio de aquel continente la Francia establecida á la embocadura de san Lorenzo y á la del Missisipi y esforzándose por echar entre estos dos puntos una cadena de fuertes al través del desierto; pero allí como en el Occéano, debia sucumbir á causa de esa fatalidad que parece reservarla al desarrollo puramente del órden social. Ni, ¿cómo pudiera ser de otro modo? Teniamos que batirnos contra un pueblo con soldados mercenarios ó aventureros sin pátria.

Así la lucha que se empeñó en 1754 fué para Washington el aprendizage del papel que debia representar mas adelante. Simple oficial en un principio en las filas de la milicia del estado de Virginia, llegó muy pronto al mando supremo de aquel corto ejército con el grado de coronel, y dirigió las últimas campañas que reprimieron á los indios y arruinaron los establecimientos franceses del Ohio. En medio de las vicisitudes y dificultades de aquella guerra, desplegó las grandes cualidades que le han hecho tan admirable, la infalible exactitud de juicio, la estension é imparcialidad del talento, la prudencia en el consejo junto con la intrepidez en la accion, una incontrastable firmeza, la integridad, la equidad y el desinterés mas perfectos. Todos los que estuvieron en relaciones con él, ya los generales ingleses con quienes sirvió, ya los indios cuya alianza negoció, hicieron de él la mayor confianza, lo mismo que sus soldados y conciudadanos. Todos los que le rodearon sintieron aquel ascendiente natural

porque se reconoce los espíritus superiores, y principalmente los grandes caractéres. Los indios, que le habian tomado en valde tantas veces por blanco de sus balas, le miraban como escudado con la salvaguardia especial del grande espíritu, y por todas partes, sirviéndonos de la espresion de M. Guizot, su persona llevaba en sí la suspension general. Retirado del servicio en 1758, tomó asiento en la asamblea representativa del estado de Virginia, donde le encontró la revolucion.

Desde el principio del altercado entre las colonias y la Gran-Bretaña, comprendió Washington su alcance y aceptó sin dudar las consecuencias. Escribia á uno de sus amigos:

« ¿Se trata de no pagar tres sueldos por libra de té, porque es muy pesado ese impuesto? No, nunca hemos disputado mas que sobre el derecho. Como á ingleses no se nos puede despojar de esa parte tan esencial y preciosa de nuestra Constitucion. » Incapaz de tomar el principio de su conducta en otra parte que en aquella creencia en un derecho determinado, no queria traspasar este derecho ni omitir esfuerzo alguno necesario para conquistarle. La Providencia nos revela sus designios por los deberes que nos impone, y sin anticiparnos á esas revelaciones, basta que sepamos obedecer haciendo en cada circunstancia todo lo que la justicia exige. Guiado por este sentimiento, Washington, lo mismo que todos los grandes ciudadanos que dieron la señal de la emancipacion, no pensaba al principio mas que en el enderezamiento de los tuertos positivos del pais. Empero, despues que el gobierno inglés se condujo como enemigo declarado de los colonos, convirtiéndose la independencia en un derecho, aquellos hombres generosos, tomando á Dios y al universo por testigos de la justicia de su causa, proclamaron sin miedo la nacionalidad Americana. « Si las llanuras de la América dichosas y apacibles en otro tiempo, escribia entonces Washington, han de ser abrevadas con sangre ó habitadas por esclavos, triste es la alternativa, pero un hombre virtuoso no puede dudar en la eleccion. »

Miembro del Congreso que formaron las Colonias para concertar su resistencia, se encontró Washington por un paso ordinario y gradual de su vida llevado sin premeditacion al dintel de la carrera singular de un fundador de nacion. Reconocido generalmente por el hombre dotado del juicio mas sólido y del mas hondo conocimiento de las cosas, debió á sus cualidades el ser nombrado por unanimidad generalísimo del ejército americano: inmenso honor sin duda para él; pero no menos grande para el pueblo que supo conocer tan bien, en medio de su semi-oscuridad, al hombre predestinado: ¡gran prueba sobre todo de la simpatía que ligaba el genio de Washington al genio nacional!

Aceptó por deber, con aquel profundo sentimiento de abnegacion, de desconfianza de sí mismo y de confianza en el amparo de Dios á las causas justas que apareció en él durante todas las épocas de su carrera.

Desde aquel momento hasta el fin del siglo, puede decirse que por él ha vivido la América. Cuando tomó el mando, la insurreccion habia hecho ya sus pruebas en los combates de Lexington y Bunker's Hill. Ocupaba el campo y bloqueaba en Boston al ejército inglés, señor de aquella ciudad en que se habia dado la señal de resistencia. Mas aquellos primeros resultados, amenazaban desvanecerse como un sueño por falta de organizacion. El ejército, compuesto de Milicias voluntarias sin disciplina, y que no se enganchaban mas que por un año, se disolvia por la marcha de unos, á medida que se formaba con la llegada de los otros, y en aquel contínuo torbellino, armas, víveres, municiones, todo faltaba á la vez. El sentimiento de independencia individual, dominante en los ciudadanos de la nueva Inglaterra, despues de haber sido el principio activo de su insurrecion, se habia convertido en principio de anarquía entre ellos. En tan cruel situacion, á la cabeza de aquel fantasma de ejército, apoyado en otro fantasma de gobierno, solo Washington salvó la patria con su conducta, haciendo frente al enemigo con prudencia y resolucion, imponiéndole algunas veces con empresas atrevidas, desconcertando á propósito sus proyectos por medio de hábiles retiradas, siempre á riesgo de verse destruido, siempre ocultando su penuria y sus peligros, aun á costa de su reputacion, que manchaba la calumnia, solicitando sin cesar del Congreso medidas enérgicas de gobierno y negociando contínuamente para su ejecucion con diversos Estados confederados, siendo en una palabra, el único centro de accion y de actividad en medio de todos aquellos discordantes elementos. Y sin embargo nunca admitió la posibilidad de rendirse: nunca dudó del triunfo definitivo de la buena causa; santa confianza que no basta á esplicar la fuerza del carácter y que no podia tener otro orígen que una profunda fé en las ideas, en el derecho y en la justicia Divina.

Tornóse su mision mas que nunca dificil, cuando renunciando los ingleses á domar directamente la muy enérgica resistencia de los Estados del Norte, quisieron herir de muerte á la Union con el ataque de Nueva-Yorck, de Filadelfia y la invasion de las provincias del centro. Despues de vanos esfuerzos para cubrir estos importantes puntos, obligado á retirarse alternativamente tras el Delaware y el Hudson, supo sin embargo desbaratar las medidas del enemigo y tenerle estrechado hasta que, habiendo ya creado un verdadero ejército y sostenido por las armas de la Francia, pudo dar golpes decisivos. Entonces fué la sabia marcha sobre Yorck-Town, y la prision en aquella ciudad de Lord Cornwallis con todo su ejército.

Lo que mas que todo prueba la superioridad de Washington y el tamaño de sus servicios, á la par que la sólida razon de los americanos, es que sin haber él tenido en persona esos triunfos brillantes que deslumbran por lo comun al vulgo, no dejó por eso de ser el primero en la guerra á los ojos de todos, como fué mas adelante el

primero en la paz. La confianza de sus conciudadanos en él parecia aumentarse con sus reveses. A los desastres de 1776, el congreso, grande como el senado Romano, no respondia mas que dando á Washington un poder dictatorial. La envidia misma quedó desarmada en vista de tanta virtud. Conway, uno de los mas exagerados detractores del generalísimo, creyéndose próximo á morir, le escribia: « Toco el término de mi carrera. La justicia y la verdad me mueven á declarar mis últimos sentimientos: sois á mis ojos el hombre grande, el hombre escelente.»

Vino despues la fatal prueba de los grandes hombres, la vuelta á la vida comun despues del triunfo: nadie salió de él mas puro que Washington. Su genio acaso no era bastante ardiente para embriagarle; mas aunque así fuera, era demasiado grande su alma para no dominar toda ambicion personal. Nada igualó á su *dolorosa sorpresa* cuando sus compañeros de armas pensaron en él para la dictadura y hasta le ofrecieron una corona. El establecimiento de la república le parecia una tentativa quizas incierta, pero por la cual estaba resuelto á todo y á derramar la última gota de su sangre.

Retirado á su soledad de Mont-Vernon, dado de nuevo á la vida sana y moral del agricultor, no aspiraba á mas recompensa que á la de gozar en paz, *á la sombra de su parra y de su higuera*, la gloriosa libertad conquistada por sus armas. Empero no habia concluido aun su trabajo: despues de haber libertado su patria era preciso constituirla. Despedazada por el espíritu de individualismo y de fraccionamiento, parecia próxima á perecer. La union formada precariamente por la necesidad de defenderse, no existia ya mas que de nombre. No estando definidos los poderes del Congreso, los Estados querian hacerse independientes, y entregados á sí mismos no tenian ni la fuerza ni el resorte moral que requiere la conservacion de la sociedad. Por poco se estrella en un desastroso naufragio aquella gran esperiencia de la república moderna, tan importante al honor de la naturaleza humana. Pero entonces se vió el hermoso espectáculo de un pueblo que se detiene á la orilla del abismo, medita, se domina á si mismo y toma con calma y decision medidas de salvacion pública. Una conviccion en general decretó despues de maduras deliberaciones la Constitucion federal. Washington tuvo en ella gran parte: la miraba como mas aproximada á la perfeccion que ningun otro sistema de gobierno establecido hasta entonces entre los hombres. No puede negarse en efecto que se ajustaba con admirable sabiduria á las necesidades de la situacion. Cuando se hubo de darle vida poniéndola en práctica, á Washington tambien es á quien el sufragio universal cometió este inmenso cargo. Como presidente de los Estados-Unidos abrió con solemnidad la era de la república Americana en el momento mismo que la revolucion de Europa asomaba por la asamblea constituyente. En aquella primera presidencia, sacrificó sin vacilar una parte de su popularidad, combatiendo los instintos políticos que por lo general

dominaban, y no obstante la mismo unanimidad de votos le llamaba segunda vez al poder; ¡tan persuadido estaba el pueblo de que él solo era su verdadero centro de union y de vida comun! Por tercera vez se volvieron hácia él los votos y miradas de todos; mas entonces le pareció terminada su mision. El habia aceptado con miedo interior, solo porque en ello habia visto un gran acto de abnegacion y tambien porque habia creido oir la voz del cielo en el llamamiento unánime de un pueblo. El americano le pareció al fin capaz de dirigir por si sus destinos, anunció la voluntad formal de pasar en el retiro el resto de sus dias, y aquella especie de abdicacion es tal vez la cosa mas grande que hizo para consolidar la república; porque fué moralmente imposible que gefe alguno del estado pudiese aspirar en adelante á ejercer la autoridad por mas tiempo que el que creyó deber hacerlo el padre de la patria.

En los ocho años de aquella doble presidencia, tuvo Washington que fundar la política interior y esterior de los Estados-Unidos, y sino fijó su direccion definitivamente, le dió al menos una base estable. Para lograr este fin, ¿hizo bien en inclinarse como lo verificó, al partido federalista? Esto requiere algunas reflexiones.

En primer lugar, ¿qué es ese partido? En un estado unitario como la Francia, ser federalista, es decir, tratar de establecer entre las diversas fracciones del territorio una asociacion federal, seria atacar la centralizacion y hasta la nacionalidad. Por el contrario, en un pais que no es mas que una coleccion de provincias distintas é independientes, es trabajar para que se funde la unidad política.

El partido federalista es pues en los Estados Unidos el de la unidad, pero al mismo tiempo el de la aristocracia, al paso que los demócratas combaten por la descentralizacion. Es al reves de lo que vemos entre nosotros, y sin embargo los demócratas de Francia y América no están tan encontradiccion entre sí como pudiera creerse.

¿Qué quieren en efecto unos y otros? El gobierno de la sociedad, por la voluntad del pueblo y no por esas influencias individuales nacidas de la riqueza de la condicion social y que en los paises libres de corporaciones privilegiadas, componen todavia una aristocrácia. Ahora bien, en un pueblo cuya nacionalidad está bien constituida y cuya vida viene á condensarse con fuerza en un centro comun, en este centro de vida es donde la voluntad general se pronuncia con mas ascendiente, abatiéndose ante ella las influencias aristocráticas que se vén entonces reducidas á desarrollarse en la esfera de las localidades. En ese caso, aumentar la accion del poder central es robustecer la autoridad de la voluntad general. Mas sin esas condiciones, cuando por falta de la bastante conformidad de ideas, de sentimientos y de intereses en las poblaciones no representa el poder central de una manera harto ámplia la voluntad y el genio de la comunidad nacional, estender sus atribuciones es entregar la direccion de los negocios públicos á las potestades aristocráticas que la aprovecharán para dominar y esplotar la sociedad. Supongamos que

el pueblo americano reconociese en sí una completa homogeneidad de sentimientos é intereses y que el gobierno federal le pareciese órgano fiel de esos intereses y sentimientos: á pesar de su escesivo amor de independencia individual, ciertamente no negaria á tal gobierno los medios de dirigir sábiamente el progreso intelectual y material del pais. Pero en el actual estado de cosas, ¿se reunirán, por ejemplo, todas las rentas públicas en una tesoreria central? Como no puede haber una administracion pública bastante bien organizada ni bastante nacional para que puedan confiárselas, será menester depositarlas en un banco formado por la aristocrácia financiera del pais que se servirá de ellas para dirigir á su propio interés todo el movimiento industrial y rentístico.

Ya se percibia este escollo cuando se fundó la República. Mas tal era la necesidad de consolidar los Estados para asegurar la certeza de sus adelantos que el partido federalista de hecho tenia entonces razon. Y hé aqui por qué Washington se adhirió á esta política sin ser cómplice jamas de las conspiraciones aristocráticas que encerraba. Lo que él queria para la América era una unidad moral, la unidad por medio de la nacionalidad, no por medio de la aristocrácia. El, como todos los grandes hombres fundadores, sabia que no se constituye una sociedad mientras no tenga por vinculo ese sentimiento de una solidaridad natural que forma la unidad de una familia. El objeto principal de sus esfuerzos era fundir todos los pueblos de la union, en un solo cuerpo, en el seno de la patria comun. «Esa patria, les decia en la tierna despedida que les dirigió al salir de su segunda presidencia, esa patria de que sois ciudadanos ó por nacimiento ó por eleccion, tiene derecho á todo vuestro cariño. El nombre de *Americano* que es para vosotros *un nombre nacional*, debe exaltar en vosotros el orgullo del patriotismo, mejor que otra cualquiera denominacion mas especial.» ¿No se hacia él ilusion al creer posible constituir una nacionalidad compacta en la esfera ya tan ancha y destinada á ensancharse aun con la América Septentrional? Todo nos induce hoy á creerlo; mas no por eso dejaba Washington de estar en el buen camino cuando se esforzaba por robustecer la union federal. Las grandes medidas adoptadas á este efecto, la consolidacion de las deudas públicas por cuenta de la comunidad entera, la institucion de una renta federal, y hasta la del banco llamado nacional, han sido indudablemente el áncora de salvacion para la república y la garantía de su grandeza durante un cuarto de siglo

¿Debe decirse lo mismo de su política exterior? Con abandonar la Francia á sí misma en la lucha mortal que sostenia por la libertad del mundo, ¿ha hecho el gobierno de Washington todo lo que exigia una política hábil á la par que generosa? ¿No debia por el contrario aceptar en todas sus consecuencias el principio de la fraternidad de las naciones libres? En los Estados-Unidos, el partido democrático, y en general, la opinion pública lo creian asi. La alianza jurada entre la América y la Francia parecia exigirlo. Mas en su generosa y temeraria franqueza, la Francia atacada á sordas habia toma-

do la iniciativa en declarar la guerra y hacia asi oficialmente el papel de agresor. ¿Tenia ella por otra parte verdadero gobierno y la representaban legitimamente los partidos que se sucedian en el poder? Washington no lo creyó. Desde el principio del movimiento revolucionario tan distinto de la revolucion americana por la rapidez y longitud de sus primeros pasos que presagiaban una inmensa carrera, se apoderó de él la desconfianza. Previendo con admirable sagacidad los estravios, las reacciones, las caidas inevitables, dudó del éxito.

«Es difícil, escribia entonces, no pasar de un extremo á otro, y en ese caso, escollos que no se ven hoy, podrán hacer estrellar la nave y traer un despotismo mas pesado que el antiguo... Ese es un Occéano sin límites, desde el cual se ha perdido de vista la tierra.» El resultado probó en efecto que, asociándose á la fortuna de la Francia en medio de las revoluciones que la trasformaban sin cesar, hubiera podido encontrarse la República americana arrastrada á combatir por causas totalmente contrarias á sus principios y á su carácter. Por otra parte, naciente todavia, quizá hubiera comprometido su existencia en una guerra con la Gran-Bretaña: «Vivir en relaciones amistosas con todos los pueblos de la tierra, pero no depender de otro, no casarse con ninguno, tal fue la política que profesó Washington.» «La prudencia, escribia, nos aconseja que nos acostumbremos á no contar mas que con nosotros mismos, y á tener en propias manos la balanza de nuestros destinos. Colocados en cierto modo, en medio de imperios que caen, sea nuestro, constante objeto conservar tal situacion que no seamos arrastrados en su ruina. Nada debe llevarnos á la guerra, mas que el respeto de nosotros mismos y el justo cuidado del honor nacional: estoy seguro de que si este pais logra veinte años de paz, podrá desafiar á cualquier potencia en una buena causa: ¡Tales han de ser para entonces su poblacion, su riqueza y sus recursos!»

Washington decia la verdad cuando sentaba como principio que una nacion se pertenece á sí propia, y que aun saliendo de sus compromisos lealmente, aun reconociendo sus deberes de fraternidad respecto de las demas naciones libres, no debe hacerse esclava de sus amistades, ni inmolarse al interés de un pueblo estranjero. Esto era cordura; pero no heroismo. El heroismo hubiera sido asociarse al magnánimo arranque de la Francia para emprender con ella una cruzada republicana al grito de ¡*Dios lo quiere*! ¿Y quién sabe (porque muchas veces hay mas sabiduría en una generosa temeridad que en los cálculos de la prudencia), quién sabe si el triunfo definitivo de la igualdad en Europa y la elevacion de la república americana al primer rango de la humanidad, hubieran sido los frutos de tan grandiosa resolucion? Mas por grande que fuese el alma de Washington, su genio, como el de todo americano en general, se negaba á esas inspiraciones repentinas y sublimes de que ofrece nuestra historia tan admirables ejemplos.

Si ha habido suerte envidiable para un corazon discreto y liberal,

es seguramente la de Washigton en los últimos años de su vida. Desde el seno de aquella rica posesion de Montvernon, hecha en gran parte por sus trabajos, y consagrada despues á la veneracion de los pueblos, veia crecer rápidamente en torno suyo aquella cosecha de prosperidades que habia sembrado en su pais. Un solo pensamiento le ocupaba todavia, pensamiento discutido y madurado por él muchas veces en sus conversaciones con Lafayette y Jefferson, la abolicion de la esclavitud. El la realizó en los límites de su poder, emancipando á su muerte los negros de sus dominios despues de haberlos tratado en vida como un padre. Tranquilo y superior á la ambicion sabia ¡cosa rara! trasformar la gloria en felicidad. Pero esos hombres que son instrumentos en manos de la Providencia, no son dueños de su vida un solo instante. Faltaba todavia á su carrera protejer solo con su nombre á la patria salvada por su brazo y fundada por su inteligencia. Asi lo hizo en la época en que, á causa de los altercados del directorio francés con el gobierno federal, estuvieron para armarse las dos repúblicas una con otra. La opinion unánime llamó á Washington como siempre á dirigir en clase de generalísimo la defensa del territorio, y el respeto que tan gran nombre inspiraba contribuyó mucho, á la verdad, á disipar las amenazas de guerra. Despues de esta coronacion de su carrera, le llamó Dios casi de repente, haciéndole pasar por la prueba de una corta, pero dolorosa enfermedad. Concluyó con el siglo. El dolor fué universal y profundo. Se cubrió la nacion de luto, y sus pesares hallaron un eco sincero en la Francia del consulado. Las bóvedas del palacio de los Inválidos resonaron con la oracion fúnebre de aquel héroe de la humanidad; la tribuna de los Estados-Unidos le proclamó *el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazon de sus conciudadanos*, y todo el pueblo americano conoció, segun la espresion de Jefferson, que habia muerto aquel dia un grande hombre en Israel.

REVISTA DE LA QUINCENA.

CRONICA ESTRANGERA.

En los últimos quince dias, la cuestion diplomática europea que parecia ya arreglada ha vuelto á complicarse otra vez. Nuevas dificultades han venido á interrumpir las pacíficas relaciones que tenian entre sí las potencias interesadas en los asuntos de Oriente, y á no arreglarse pronto, pudieran producir graves resultados en el sistema de las alianzas continentales. Este último caso no llegará probablemente. Las potencias de Europa se rigen por principios tan poco seguidos y constantes en su política esterior, que con facilidad se les vé pasar de un campo á otro y de una amistad á la opuesta, sin que pueda adivinarse jamas cual será su sistema definitivo.

La Francia que habia quedado tan humillada de resultas de la solucion que han tenido los asuntos egipcios, ha tratado de recobrar su superioridad sujiriendo para ello al Gobierno de Grecia la reclamacion de la Tesalia de parte de la Sublime Puerta. La Rusia apoya esta solicitud como apoyará siempre todo lo que vaya dirigido á debilitar el vacilante imperio otomano, y este solo cuenta ahora con la proteccion de la Inglaterra para resistir á la demanda del rey Othon. Tenemos pues enmarañada otra vez la cuestion de Oriente y á las diversas potencias europeas coligadas en otro órden que en el tratado de 15 de julio. Sin embargo, nada hay que temer todavia para la paz del mundo, y mientras que no se aclare mas la posicion respectiva de cada una de las partes contendientes, todo indica que las cosas permanecerán *in statu quo* aplazándose para en adelante la cuestion de guerra.

Mucho pudiéramos decir para esplicar esta situacion anómala de la diplomacia. Cuestiones se han presentado á su dilucidacion que habrian bastado en cualquiera otro tiempo para producir una conflagracion general entre todas las naciones europeas, y que ahora no han producido la mas leve oscilacion en la política general. Los adelantos de la civilizacion que pugna cada dia por revestirse de un carácter mas moral; los beneficios de la paz que el siglo en que vivimos disfruta en mayor escala tal vez que ningun otro; las exigencias de la industria y del comercio que no estan ya en el caso de aventurarse al éxito de una ó mas campañas, contribuyen poderosamente á este resultado; pero ante todo debe tenerse en cuenta esa complejidad de ideas que dirijen hoy á los gobiernos europeos y esa heterogeneidad de tendencias que los arrastran. Preocupados por una parte de los intereses materiales que representan el vapor y los caminos de hierro, y sojuzgados por otra por los intereses morales simbolizados en los

principios políticos modernos, apenas dan un paso en el camino trazado por los unos cuando los retiene un instinto secreto que los impele hácia la senda abierta por los otros. Asi no es facil que haya nunca alianzas sólidas y duraderas; asi no es posible que se adopte una política marcada y susceptible de prevision; asi no hay medio de salir de ese sistema pacífico y conciliador adoptado por las grandes potencias que mas que nada es un sistema de duda y vacilacion. Solo aquellas naciones que por la naturaleza de sus instituciones ó sus circunstancias particulares estan en el caso de prescindir enteramente de la cuestion política para consagrarse á la cuestion material, ocupan una posicion libre y desembarazada y pueden marchar en derechura á su fin. La Rusia y la Inglaterra son las que adelantan positivamente en el estado de inaccion y de paralisis en que en este momento yace la política europea.

Los rumores de un congreso europeo que debia reunirse en Viena para tratar con preferencia los negocios de España, no han vuelto á tomar cuerpo. Los periódicos alemanes mas acreditados siguen sin embargo discutiendo este asunto con el mayor interés; pero como los periódicos franceses callan y los ingleses desmienten la noticia, es posible que esa cuestion se haya aplazado por ahora. Nada sin embargo impide que mañana no vuelva á reproducirse con doble fuerza y probabilidad, y el artículo que acerca de ello insertamos en el presente número de la Revista, conserva todavia toda su oportunidad. Medite bien el gobierno este negocio, y ya que cuenta con mas tiempo para ocuparse detenidamente en él, no se duerma en una seguridad engañosa y prepare convenientemente su plan de defensa.

Fuera de Europa no ocurre ninguna novedad importante. La Inglaterra sigue sus preparativos contra la China que está amenazada de una espedicion mucho mas formidable que la anterior. Segun todas las probabilidades, los ingleses no se contentarán ahora con contribuciones de dinero ni con exigencias mercantiles de ninguna clase: sus pretensiones tendrán mayor trascendencia, y se dirijirán á establecer allí la primera piedra de su dominacion para hacerla algun dia tan estensa y poderosa como en la India. Asi habrán pagado los Chinos el crímen de no dejarse envenenar por la omnipotencia británica.

El antiguo reino de Méjico acaba de ser teatro de una revolucion importante, si la modificacion de una impotente y estéril constitucion en un sentido mas desventajoso todavia y el reemplazo de los hombres de un gobierno estúpido é incapaz por otros de igual calaña mereciesen este nombre. Sea de esto lo que quiera, la organizacion central de la república mejicana ha sido ó será sustituida por el federalismo mas ó menos pronunciado, y Santana ocupará el lugar del actual presidente Bustamante hasta que otro alzamiento venga á derribarle á su vez del poder y abolir el nuevo pacto constitucional, del mismo modo y con la propia facilidad que él ha conseguido recientemente ambos resultados. Tal es la suerte reservada á nuestra antigua colonia; tal el precio á que ha debido comprar su independencia.

CRONICA NACIONAL.

Notables, si no lisongeros son algunos de los acontecimientos ocurridos en nuestro pais durante la última quincena. Ellos han confirmado la impotencia en que se encuentra la mayoria del actual gabinete para hacer frente á la situacion del dia, y lo necesario que es su reemplazo, si alguna vez ha de haber gobierno en España, ó los exaltados no estan imposibilitados en todos sus matices de establecer uno cualquiera medianamente fuerte y robusto para hacer triunfar alguna vez el órden y las leyes.

Despues del grande aparato de fuerza y de hostilidad desplegadas por el general Van-Halen contra Barcelona, despues de la declaracion del estado de sitio, de la disolucion del ayuntamiento y de parte de la milicia nacional, todo ha venido á parar en nada: el estado de sitio se ha levantado, el ayuntamiento se ha repuesto, y el resto de la milicia nacional sigue organizada de la misma manera y con el refuerzo recibido de los batallones disueltos. Se han presentado las cuentas de la ex-junta de vijilancia; reconociendo la bondad de todos los artículos de cargo y data, admitiendo por ejemplo veinte mil y pico de reales por el viage de dos comisionados á Zaragoza, once mil y tantos por razon de efectos robados á otros que no sabemos porque habian de pagar los prestamistas forzosos; las cuatrocientas onzas del rescate de los mismos que no se ha aclarado lo suficiente, y otras tantas y tantas partidas en que campean la injusticia, el despilfarro y el abandono, resulta siempre contra los prófugos un déficit de mas de cuarenta mil duros. El dinero que ha resultado sobrante se ha devuelto, como era justo, á sus respectivos dueños, y fuera de esto, ninguna otra satisfaccion se les ha dado absolutamente. Entre tanto la cortina de la ciudadela sigue derruida; ignoramos si se pretende dejarla en el mismo estado para que otros sediciosos acaben de consumar su obra: lo cierto es que, no obstante de haberse formado el presupuesto del coste que tendria la reedificacion ó el total derribo y resultar mucho menos gravosa la primera, no hay intenciones de volver la menor piedra á su lugar y hacer este desagravio á la nacion y al gobierno que la representa. Semejante tibieza se esplica fácilmente cuando se oye la opinion de algunos progresistas, y de que al parecer participan los ministros actuales, que atribuyen todos los escándalos de Barcelona á un *esceso de celo*, y para quienes sus autores no eran tan gravemente culpables como los del atentado del 7 de octubre; como si desmanes de aquella especie pudiesen tener nunca una disculpa honrosa, y los sublevados de palacio no hubiesen obrado tambien por *otro esceso de celo* entendido á su manera. Hay opiniones que es una locura rechazar, y entre ellas contamos la de los hombres á que nos referimos; lo único que les diremos es, que las pasiones políticas deben haberlos cegado muchísimo cuando á tal punto se lleva la intolerancia y la injusticia.

Valencia no ha sido tan afortu-

nada como Barcelona. A los sediciosos de allí no les ha valido el esceso de celo que tambien habrian podido alegar en su favor, una vez admitida la peregrina doctrina que con este pretesto es lícito destrozar la Constitucion, atentar al órden social é infringir todas las leyes morales. Asi que se hacen, segun parece, bastantes prisiones en aquella ciudad, y la causa formada con motivo de los acontecimientos que en ella tuvieron lugar, se sigue con una actividad desconocida á la entablada en Barcelona por igual razon. Los valencianos han tenido ocasion de vengarse de un gobierno que con tanta injusticia los trataba, y no la han querido desperdiciar: los exaltados puros han sido derrotados en las elecciones municipales por el partido republicano, quien ha obtenido un triunfo completo y ruidoso en nombre de la democrácia y de la soberanía del pueblo contra los tímidos ó los perjuros que no quieran seguir las consecuencias de estos dos principios, tales como fueron formulados en setiembre.

No solo es en Valencia donde la república ha salido airosa en la cuestion de renovacion de ayuntamientos. Sevilla, Cádiz, Alicante y otras poblaciones de grande importancia, han presenciado igualmente su victoria. Estas son las consecias de esa monstruosa ley municipal por la que se ha hecho una revolucion, y esta la obra del gobierno, hijo legítimo de ella. Los vicios de la una son demasiado patentes para que todos los progresistas de razon y de sentido no comprendan la necesidad de una reforma inmediata y la debilidad del otro sobrado ostensible para que tampoco pongan en duda la urgencia de sustituirle de un modo ventajoso. De ambas cosas estan ellos igualmente convencidos; pero ¿está en su mano el poder realizar ambas cosas? ¿Conseguirán hacer prevalecer las buenas doctrinas administrativas y constitucionales sobre las que ensalzaron á su propio partido? ¿Alcanzarán á constituir un gabinete que no sea peor que el actual con todas sus faltas groseras y con todos sus errores fundamentales? Esto es lo que necesitamos ver para pensar que los que tal hagan son los primeros hombres de Estado.

Un asunto de inmensa importancia para el pais, porque en él está envuelto el porvenir y aun la existencia de nuestras colonias, ha preocupado generalmente los ánimos, llamando la atencion de la prensa, y esperamos que tambien llame la de la tribuna. Hablamos de la emancipacion de todos los negros de Cuba introducidos desde 1820, y que solicita la Inglaterra en virtud de los tratados existentes. Dejando á un lado la cuestion moral de la legitimidad ó ilegitimidad de la esclavitud que es enteramente estraña á nuestras consideraciones en este momento, es preciso convenir en que una medida semejante, tomada sin ninguna preparacion y en lo crítico de las circunstancias actuales, traeria infaliblemente la ruina de nuestra colonia, si es que no la convertía en otra isla de Santo Domingo. No, no es la humanidad la que impele á la Inglaterra á enarbolar el estandarte de la abolicion y á erigirse en vengadora de sus derechos

ofendidos; es una especulacion industrial, es un sistema mercantil, es una combinacion de intereses lo que motiva su filantropía ahora y lo que la ha motivado siempre. La esperiencia nos ha convencido dolorosamente de esta verdad; su conducta reciente en la China, basta ademas para probar que esa nunca es la primera á atropellar por todos los derechos, cuando en ello tiene una utilidad proporcionada. El gobierno español no debe alucinarse para evitar caer en un lazo. Esa solicitud del gabinete inglés lleva una intencion pérfida y traidora que es preciso apartar á toda costa. En su consecuencia, no solo merece ser rechazada con indignacion, si efectivamente se ha intentado, sino que es preciso tomar todas las precauciones para que el maquiavelismo no tome otra forma y logre con la sangre y el incendio lo que no hubiese conseguido con una falsa máscara de humanidad. Conviene reforzar nuestro contingente de ultramar para vivir prevenidos contra todo ataque combinado de la poblacion negra á que en las intrigas de la Inglaterra ó las imprudencias de los abolicionistas han empezado ya á arrastrar á sublevaciones parciales é insignificantes al parecer, pero que el ejemplo de Haiti nos indica que pueden tener grande importancia, si fuesen solo el preludio de acontecimientos mas graves. Harto ha predominado desde algun tiempo á esta parte la política británica en nuestro gabinete; hora es de que se desconfie ya de ella pensando que para nuestra patria no hay ni puede haber en este momento en Europa otra alianza sólida, ventajosa y duradera que la de la nacion francesa.

Ha llegado á esta corte el nuevo embajador de Francia, M. Salvandi. Esto prueba que las relaciones de los gobiernos español y francés siguen en buen estado, y que á pesar de las prevenciones justas ó injustas con que uno y otro se miren recíprocamente, estan todavia penetrados de la necesidad de conservar su buena amistad y armonia ¡ Ojalá que estuviesen mas impregnados de este sentimiento ! ¡ Ojalá que, de poniendo todo recelo y olvidando todo rencor por las cosas pasadas, se convenciesen de que su hostilidad no puede menos de perjudicar á los dos, y que para ellos no existe mas que un enemigo, un solo y temible enemigo, el gobierno inglés !

El consejo de guerra nombrado para juzgar á los complicados en la sedicion militar del 7 no ha vuelto á imponer sentencias capitales, al menos contra reos presentes, y aun ha pronunciado algunas absoluciones. Sin duda que ha comprendido por último, bien tarde á la verdad, que á él no le correspondia fallar mas que sobre el delito puramente militar de los sublevados, dejando á la jurisdiccion ordinaria juzgar del grado de criminalidad que pudieran tener como complicados en una conspiracion dirijida á subvertir el órden y la tranquilidad del Estado. Si hubiese sabido oportunamente hacer esta distincion justa, sus sentencias no habrian llevado cierto sello de arbitrariedad en la calificacion de los delincuentes y en la distribucion de las penas, que ha dado lugar á que se le dirijan no pocas recriminaciones mas ó menos apasionadas. De todos

modos, la historia no les trataria con la severidad que lo hará probablemente, si, ya que no ha sabido deslindar convenientemente los límites legítimos de su autoridad, hubiera tenido en cuenta los móviles que impelieron al crímen á los encausados; móviles que, atendida su naturaleza y la doctrina que sobre ellos reina generalmente en Europa, debieron pensar mucho en su consideracion para haber desplegado mayor clemencia. El poder soberano de la corona habria podido seguramente evitar muchos compromisos al consejo cuya crítica posicion es justo reconocer por esta parte; pero los ministros de la corona, estos ministros que no acertaron á prevenir la realizacion de una trama fraguada á los ojos de todo el mundo, no han creido, al parecer, oportuno que aquella interpusiese su voluntad entre la justicia y los reos. No tocará á ellos poca parte en el juicio desfavorable que formará la posteridad sobre la conducta del partido dominante en los últimos acontecimientos.

Corren rumores de que en las Córtes que deben reunirse se anunciarán pretensiones de tal naturaleza que no podemos menos de mirar la noticia con desconfianza, y abstenernos de entrar en pormenores hasta tener mayor seguridad de su certidumbre. Por lo demás, esas pretensiones no nos sorprenderian, si fuesen verdaderas, y alguna vez hemos hecho indicaciones sobre temores nuestros que de cuando en cuando venian á alarmarnos en vista de ciertos acontecimientos. A pesar de eso todavia nos inclinamos á creer que todo será una hipótesis gratuita formada sin ningun antecedente exacto, y sobre las bases de la probabilidad histórica, ó á lo mas una idea suelta y desconcertada que puede haberse ocurrido, pero para rechazarla con fuerza en vez de ponerla en ejecucion. Por prevenidos que estemos contra la imprudencia y ambicion de algunas personas, no creemos que la insensatez y el delirio llegun al punto de atropellare todas las leyes de la cordura y del buen juicio ya que se salten las mas augustas y respetables del órden político. Pretensiones de la clase que hemos oido son lo mas á propósito para que nuestros asuntos tengan una solucion muy rápida, pero muy triste y dolorosa, porque la Europa no consentiria de seguro mas tiempo un sistema de cosas tan amenazador para los intereses monárquicos y de las dinastias reinantes. Ignoramos si el pueblo soberano, es decir, aquel que sancionó el hecho de setiembre y sus consecuencias, sancionaria tambien otro igualmente derivado de él, aunque parezca de índole contraria; pero la verdadera soberanía nacional, aquella que no reside ni en una ciudad ó dos, ni en una muchedumbre apasionada, ni en el círculo de algunas personas, si no en el ente ideal que representa la mayoria de los hombres ilustres é independientes de todas las épocas, sería su mas poderoso adversario Pocos medios hay de hacer legítima la intervencion estrangera en un pueblo, y uno de ellos lo sería indisputablemente aquel que la autorizase con el pretesto de que se hacia para poner coto á un poder excéntrico, inconstitucional, y cuyo único apoyo era la fuerza bruta que le habia engendrado.

En las provincias reina generalmente la tranquilidad, salvos los desórdenes ocurridos en algunos puntos con motivo de las elecciones municipales. En otras se ha procedido además á las de varios de los diputados que deben sustituir á aquellos que han dejado de serlo por haber obtenido gracias del gobierno ú otras causas. Es sabido en efecto que en estas córtes compuestas esclusivamente de individuos que de continuo han estado declamando contra los empleos públicos y la corrupcion legislativa, es donde precisamente se han desencadenado mas las ambiciones particulares y el servilismo hácia los ministros. Leccion es esta que debe ser muy saludable para los pueblos, enseñándoles que los ídolos cortesanos y las criaturas palaciegas valian muy poco; pero que valen todavía menos las criaturas y los ídolos de su eleccion. Aprendan alguna vez que el buen gobierno no depende tanto de las instituciones como de los hombres que las dirigen, y que las miserias del sistema representativo figurarán dignamente al lado de las arbitrariedades del régimen absoluto, si dejándose arrastrar de sus pasiones confieren mas bien sus votos á los que saben halagarlas que á aquellos qu. les hablan el lenguage severo de la verdad. Nombres pudiéramos citar que debieran llenar de rubor á los comitentes que los nombraron sin ninguna garantia de capacidad y honradez, y de quienes era imposible esperar nada bueno. Las córtes han venido á ser la antesala para los pretendientes, y mientras no se ponga remedio, el gobierno constitucional seguirá, gracias á esto, siendo una mentira. Los electores pueden evitar mucho el mal consultando detenidamente sus nombramientos y teniendo en cuenta las cualidades personales de los candidatos antes que la circunstancia de que esten afiliados en este ó aquel partido, ó le apoyen recomendaciones de este ú otro personage. Dícese que algunos de los agraciados piensan eludir la reeleccion alegando que hanobtenido su nombramiento en comision y sin sueldo, y otras ridiculezas semejantes dirigidas á seguir participando del cargo honroso de que han abusado para sus miras personales. Esperamos que el Congreso no hará caso de estos miserables subterfugios, declarando oportunamente que todos se encuentran indistintamente en el caso de ser sometidos al nivel de una nueva eleccion que los justifique ante el pais ó les haga perder su confianza.

NOTA. *Con este número concluye por ahora la publicacion de la* REVISTA DEL PROGRESO.